

La Ilustración Artística



Artística

Año XXXI

BARCELONA 29 DE ENERO DE 1912

Núm. 1.570



MADONA, reproducción del notable cuadro de Walter Firlie

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán.—*Fidelidad*, cuento de Carlos Rahola.—*Cuadros de Ernesto de Valls*.—*De Melilla*.—*Los reyes de Inglaterra en la India*.—*El retrato auténtico de Cervantes*.—*Nueva York*.—*Incendio del palacio de «La Equitativa»*.—*El centenario Dickens*.—*La novela de una creyente* (novela ilustrada; continuación).—*Actualidades barcelonesas*.—*«Doña Desdénas»*.—*Libros*.—*El nuevo ministerio francés*.

Grabados.—*Madona*, cuadro de Walter Firlé.—Dibujo de Grau, ilustración al cuento *Fidelidad*.—*Componiendo redes*; *Devotas*, cuadros de Ernesto de Valls Sanmartín.—*Un milagro de San Francisco Solano*, cuadro de José Garnelo.—*Los reyes de Inglaterra en la India*, *Calcuta*.—*Llegada de S.S. MM. al hipódromo*.—*El estandarte real de Murshidabad*.—*La fiesta del Mohurrán*.—*Melilla*.—*S. A. el infante D. Fernando y el general Arizón*.—*Grupo de oficiales de Lusitania*.—*Parque móvil de artillería*.—*Llegada a San Juan de las Minas del primer convoy de la posición de Arrui*.—*Recuerdos de antaño*, cuadro de A. Matignón.—*Historia de un pasado*, cuadro de L. Ridel.—*El Excmo. Sr. D. Alejandro Pidal*.—*Retrato auténtico de Cervantes*, obra de Jauriqui.—*Nueva York*.—*Los bomberos apagando el incendio del palacio de «La Equitativa»*.—*Busto de Carlos Dickens*.—*Barcelona*.—*El Restaurán de la Maternidad* (tres fotografías).—*S. A. R. el príncipe Alberto de Mónaco*.—*D. Manuel Linarés Rivas*.—*Una escena de «Doña Desdénas»*.—*Primer consejo celebrado por el ministerio Poincaré*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Las esmeradísimas ediciones que publica la *Lectura*, y en que los clásicos españoles aparecen conforme a los textos primitivos y puros, elegidos con el más exquisito esmero, me traen a la memoria la personalidad de D. Rufino José Cuervo, el eminente filólogo bogotano, cuya pérdida está reciente, y que recibió tal desencanto al cerciorarse de que, los textos de los cuales se había servido eran meramente reproducciones de ediciones del siglo XVIII, modernizadas por sus colectores! Cuervo hubiese sentido gran placer viendo la Biblioteca nueva, tan primorosa, de tan escrupulosa exactitud.

* *

Era Cuervo un maestro de la lingüística, una autoridad fundamentada en serios estudios y trabajos, que comenzaron con su mocedad y no se interrumpieron hasta su muerte. Su ambición consistía en dotar a la lengua castellana de un Diccionario general, fundado en la historia y la gramática comparada de las lenguas romances. La escasez de materiales y libros con que al principio tropezó, le obligaron a un tema más restricto. Dos tomos llegó a publicar del *Diccionario de Construcción y régimen de la Lengua castellana*, uno en 1886, otro en 1893; y no dió cima a la empresa por varias razones, figurando entre ellas la deficiencia de los textos consultados, a la cual no podía resignarse el concienzudo trabajador.

Le descorazonó también, no sólo la convicción de que tendría que rehacer escrupulosamente los dos volúmenes publicados ya y revisar de nuevo todos los apuntes tomados para los otros, sino el observar que en España era donde menos interés había despertado la aparición de obra tan importante. ¿Qué tendrá la ilusión, que así domina y mece y aduerme en sus brazos por igual, a sabios y a ignorantes? El que consagra interminables horas a una labor ardua, que le produce, hablando en lenguaje concreto y positivo, bien poca cosa; el que confina su vida entera entre las paredes de un gabinete solitario ó en los fríos salones de una Biblioteca; el que camina como impulsado por un mágico poder, ¿acaso no ha menester que le sostenga un idealismo? Y el idealismo que sostenía a Cuervo era ese grande y misterioso amor hacia España que han sentido y proclamado tantos extranjeros, lleven ó no en las venas, como llevaba Cuervo. sangre hispánica pura. Nuestras magnificencias pasadas han engendrado ese entusiasmo de algunos espíritus escogidos, que, entendiéndonos mejor ó peor, equivocándose frecuentemente en la apreciación de los hechos, no dejaron por eso de acertar en el sentimiento irresistible que los impulsaba a ahondar en nosotros. Cuervo profesaba ese culto de lo antiguo español, y creía que nos daríamos por enterados cuando nos ofrendaba un monumento. No sabía que el primero y más claro síntoma de las decadencias es la pérdida de la conciencia de sí mismo. Este fenómeno tristísimo ¡cuántas veces se nota, y qué desaliento infunde! Mientras toreros y cupletistas se hacen populares, nombres como el de Cuervo no los estampan ni una vez al año los órganos de la publicidad.

No solamente cayó entre el silencio mortal de prensa y círculos llamados «literarios» el trabajo de Cuervo, sino que, faltándole la resonancia, no le faltó la censura. Saltaron encima algunos puristas y gramáticos, airados contra el bogotano que demos-

traba saber más que ellos de nuestra habla castiza; y, al mismo tiempo, aprovecharon plenamente de los ejemplos por Cuervo reunidos, notándose—dice con gracia el francés más enterado de nuestros asuntos,—que sus lucubraciones, muy bien documentadas en las cuatro primeras letras del alfabeto, decaen al faltarles el tesoro de citas por Cuervo reunido. Todo ello tuvo que ejercer sobre el espíritu de Cuervo acción depresiva, y el Diccionario quedó incompleto.

Trabajó después en revisar la famosa gramática de Andrés Bello, poniéndole notas y comentarios, é hizo en París nueva edición de este libro; y produjo también las *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, que en pocos años lograron cinco ediciones. Como todo hombre repleto de conocimientos y doctrina, fué corrigiendo y aumentando Cuervo, de edición en edición, hasta la última de 1907, que es la quinta, noticias y materia bien elaborada a su primitivo trabajo, y dice el mismo francés a que acabo de referirme, Alfredo Morel Fatio, que hoy éste forma una verdadera historia de los destinos del habla española en el Nuevo Mundo.

* *

Cuervo, en su país fué cervecero. Había nacido en 1844. Su padre era un abogado, el Dr. Cuervo, como allí se dice, que llegó a vicepresidente de la República de Bogotá, y, como mucha gente de su época, como fué mi padre, era a la vez ferviente católico y liberal de corazón. El hijo, ajeno a la política, se entregó al estudio del latín y al romancismo. Su vocación filológica se despertó con dos libros, la *Gramática castellana*, de Bello, y la *Gramática latina*, de Bournouf. Por la puerta de estos dos tratados entró en los dominios de la lingüística, que tanto iban ensanchándose, porque las ciencias del lenguaje han dado en la segunda mitad del siglo XIX, gigantescos pasos. Durante la revolución que trastornó a su país, y cerró los establecimientos de enseñanza, Cuervo se dedicó libremente al estudio que prefería. Escribió una *Gramática latina*—para reemplazar a la inservible de Nebrija—en colaboración con Miguel Antonio Caro, y, hasta aquí, no parece la cerveza: Cuervo se nos presenta como es natural suponerlo, enseñando latín y desarrollando sus aptitudes de filólogo. Pero un hermano del profesor, D. Angel Cuervo, medio arruinado por las vicisitudes políticas, emprendió, para restaurar su hacienda, la fabricación de la cerveza, industria hasta entonces desconocida en Bogotá. Reclamó la colaboración de su sabio hermano, y éste accedió a una ocupación que exigió muchas pruebas y ensayos, hasta lograr éxito satisfactorio. Cuervo alternaba el lavado de las botellas y envases, con los trabajos preparatorios del *Diccionario de construcción y régimen*.

Al cabo, la fabrica de cerveza fué negocio claro y brillante, y entonces los hermanos la traspasaron, y pudieron, con el capital adquirido, trasladarse a París. Habían granjeado ya ese modesto desahogo que basta al filósofo, y le permite entregarse a sus nobles aficiones. Cuervo, como sabemos, pensaba en el *Diccionario*, obra colosal, superior a las fuerzas de un solo hombre. Otros filólogos han intentado lo mismo, ó acaso menos. el *Diccionario* a secas, y hubieron de desistir. Nos hace muchísima falta por cierto ese libro, pues no conozco nada más pobre ni más erróneo que el oficial de la Academia; sería de desear que uniesen sus esfuerzos media docena de personas de altura, competentes, y bajo la dirección de un hombre de la capacidad de Cuervo, diesen cima a la aventura: menos de media docena. no creo que puedan acometerla, porque la voluntad es una cosa y el tiempo y las condiciones materiales que reclama todo trabajo, aun intelectual, son otra.

Tropezaba Cuervo, además, para el Diccionario general, con la falta de Diccionarios especiales, que no existen en castellano, ó poco menos. Son estos Diccionarios especiales más útiles aun que los generales, cuando están bien hechos; pero si, (como el *Diccionario de cocina* de Angel Muro, verbigracia), se limitan a reproducir las equivocadas y caprichosas definiciones del académico, ó a diluir palabras en digresiones, su utilidad es nula.

Con los dos volúmenes de su Diccionario, que sólo comprenden las cuatro primeras letras del alfabeto, y sólo incluyen las palabras que desempeñan papel en la sintaxis, tuvo Cuervo bastante para invertir muchos años de su existencia. Sólo leer a Lope de Vega, en la edición Rivadeneyra, le llevó un año. ¡Qué sería si lo hubiese leído en la que Menéndez y Pelayo publica!

* *

Haber emprendido la obra, aunque hubiese de dejarla sin concluir, es honra y gloria de este hom-

bre eminente. Merece que le recordemos los españoles, a cuya lengua sublime rindió tan espléndido homenaje.

Cuervo, en París, vivió retirado, en compañía de su hermano, en una casa de la calle de Meissonnier. La casa no era la huraña residencia del ratón de biblioteca, sino un interior confortable y montado según el gusto moderno, y los cuidados fraternales de Angel permitían a Rufino prescindir de lo material y aislarse y embeberse en sus estudios. Parece que este hermano cariñosísimo era también muy aficionado a escribir, y se consagraba a la novela, al drama, a la crítica, a la historia. Yo no conozco página alguna de Angel Cuervo, y sin embargo, los géneros a que se dedicaba me son más familiares que la filología. Los trabajos de su hermano, en cambio, llegaron a mi noticia desde muchos años ha. Parece esto indicar que las aficiones de Angel le engañaban, y no era lo que se llama un escritor.

Leyendo la descripción de cómo trabajaba Rufino Cuervo, se ve que ese hombre pertenecía al número de los que, en otro tiempo, hubiesen encerrado su labor en algún convento de Benedictinos. Los conventos ofrecían dos ventajas: la primera, la soledad y aislamiento, no sólo del cuerpo, sino del espíritu, la concentración segura en la idea fija de una tarea emprendida, que basta para llenar todas las horas; la segunda, la cooperación efectiva de los hermanos en religión, que se convertían en copistas, transcritores, traductores, anotadores, y recogían de buen grado las espigas del campo erudito, sin pensar en comer el pan de la fama. Mejor dicho; en los conventos, la vanidad individual era reemplazada por la colectiva, y la gloria del convento era gloria de todos; el caso se dió con el Padre Feijóo, orgullo de los Benedictinos. El «Padre Cuervo» hubiese sido la prez de alguna poderosa Comunidad, y en ella encontraría los heraldos de su fama y los vindicadores de su razón. ¡Lástima grande que estas épocas hayan pasado, y cruel soledad la del sabio de gabinete, aun encontrando abnegaciones cariñosas como la que demostró Angel a Rufino! Un hombre muere, como murió Angel, dejando a su hermano en la mayor tristeza; y el convento vive siempre, y en esas Comunidades sabias, a una abeja sucede otra abeja laboriosa.

Hay quien cree que la muerte de Angel Cuervo tuvo la culpa de la suspensión del Diccionario. De vivir el que animaba a Rufino en su tarea, por lo menos hubiese hecho gemir las prensas el tercer volumen, cuyos materiales estaban preparados del todo.

Con la pérdida del compañero de su vida, vinieron para Cuervo otras contrariedades. quebrantos de intereses, achaques, inevitables en la ancianidad. La resistencia para el trabajo intelectual disminuyó también; hasta la conversación, ese licor del cual nunca nos saciamos, llegaba a fatigarle. Luchaba, sin embargo, con el ardor del hombre que se ha consagrado a una tarea, y siente que sus fuerzas disminuyen, que el tiempo huye, y que es preciso aprovechar los últimos días concedidos por el destino. La corrección de pruebas le ocupaba mucho y los que sabemos que ésta es la más penosa faena de cuantas comprende la profesión, compadecemos al viejo filólogo, porque no pueden compararse pruebas tan técnicas, como las que él tenía que corregir, con las literarias.

* *

Un aspecto interesante de la personalidad de este hombre de ciencia, era su religiosidad, casi su misticismo, en lo cual se revelaba bien su origen español, el espíritu de su raza, que, cuando hizo cosas grandes, las hizo impulsada por las fuerzas de la fe. Cuervo oía misa todos los días; se confesaba a menudo; llevaba ceñido el cordón de los Terciarios franciscanos; se empleaba en obras de caridad, y hasta se quitaba en la calle prendas de ropa para vestir a los pobres. Cuando ya se sintió gravemente enfermo y no pudo ir por su pie a la iglesia, pidió el Viático, y él mismo preparó el altar, adornándolo con vasos de flores y candelabros de plata; hecho lo cual, sacó el frac, que no se ponía hacía tiempo, se vistió de rigurosa etiqueta, y esperó a su Dios. Así, en los hombres que nacieron en otro hemisferio del mundo, reaparece España, reaparecemos en nuestros más típicos aspectos, inconfundibles, de hidalgos, ascetas, espiritualistas..., y científicos; porque la filología, la gramática, en días lejanos, también fueron ciencias nuestras, y el mismo arranque que tuvimos para la conquista, tuvimos para romper codos de bayeta y consumir aceite de lámparas. Cuervo nos pertenece, a pesar de su ardiente patriotismo bogotano, y su obra es, en suma, cosa de España.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

FIDELIDAD, POR CARLOS RAHOLA, dibujo de César de Grau



Mario corre hacia su amiga y devotamente estrecha sus manos pueriles

El escultor Mario Montes aquel año instaló un pequeño estudio en su ciudad natal, realizando al fin un deseo acariciado durante largo tiempo. Como amaba el contraste, transcurridos unos cuantos años en París viendo trabajar á los grandes estatuarios, entregado en cuerpo y alma á su arte, anhelaba vivir con recogimiento algunos años en su querido rincón provinciano, á la sombra de la venerable Sede, oyendo aquellas campanas que arrullaron sus ensueños de infancia. Alquiló en los aledaños de la Catedral una casita de aspecto austero, á propósito para albergue de un benedictino ó un filósofo, en la que reinaba un silencio santo. El estudio daba á una plazuela conventual, y en el interior había un pequeño jardín donde florecían rosales blancos y rojos; en torno de un estanque, los lirios inmaculados reflejábanse en el verdor del agua quieta; y por un ventanal gótico entraba, sigilosa, la reluciente yedra, cual si quisiera envolver los desnudos castos y luminosos del improvisado taller.

Mañana primaveral. Con la luz, palpita la bondad divina sobre los campos. Hay una sonrisa en cada corola de flor y en cada boquita femenina. Mario también sonríe á la dulzura de las cosas; en vaga *revêrie* está aguardando á María Consolación, la gentilísima amiga de los prístinos años, que en las primeras entrevistas del retorno, cuando el antiguo cariño ha juntado sus almas, ha prometido ir á verle, comprenderle en su tarea, sola.

Consolación es una damisela menuda y blonda, de inmensos ojos azulinos. Hay una perenne sonrisa de alegría en sus labios bermejos y finos. Para ella la vida es hermosa y es buena; las sombras de la duda jamás se han posado sobre su tersa frente de purísima blancura, bajo la cual los pensamientos han de ser ligeros y armoniosos. Parece una de esas mujeres destinadas á las plácidas abnegaciones, al heroísmo simplicísimo de todos los días, que saben dulcificar con su ternura inagotable las vidas más atormentadas, que con sus manos sonrosadas ponen unciones sobre los cabellos blancos de los poetas tocados de melancolía cuya juventud se ha desliza-

do entre placeres y blasfemias. Ella posee ese sentido intuitivo que sólo poseen las almas candorosas, para llegar á las cuales no encuentra ningún obstáculo la luz ignota...

No se hace esperar mucho María Consolación, y al llegar detiéndose un momento en el umbral, sonriendo con gracia giocondina, como un niño que prepara una sorpresa. Mario alza la noble testa, corre hacia su amiga y devotamente estrecha sus manos pueriles.

Dorada luz acaricia tibiamente los contornos de las estatuas, y en el ambiente propicio se entabla entre las dos almas el siguiente diálogo:

—María Consolación, por fin has venido, como yo esperaba, á animar con tu alegría mis humildes creaciones. Al entrar tú dijérase que ellas palpitan con más vida.

—Huyendo casi he venido, amigo mío, pues no habrían permitido que viniese sola..., y me hubiera gustado sorprenderte trabajando, abstraído, enamorado de tus propias obras.

—Imposible trabajar, María. En mis manos había estremecimientos, pero no eran esos estremecimientos que espiritualizan la materia y nos hacen crear ángeles ó monstruos... Yo pensaba con angustia: «¿Y si no viene ella? ¿Dudará de mí?..»

—Eres como un milagro, Mario. Como no comprendo la grandeza de tu obra, por todos aclamada, tampoco comprendo tu vida, la transformación que se ha operado en ti... Ayer mismo eras un niño... ¿Te acuerdas?.. Nosotros jugábamos siempre, inseparables... Más tarde fuiste un adolescente desconocido.

—Sí, amada mía. El recuerdo perfuma todavía mi alma. Los dos, siempre juntos, cogíamos rosas en los jardines y cuando podíamos escaparnos nos íbamos por los campos á buscar florecillas humildosas. Como de algunas ignorábamos el nombre, se lo poníamos caprichosamente. Al llegar á casa tú agitabas el ramo en alto como un trofeo. Una gritería por los corredores, por las estancias sumidas en la penumbra, por el patinillo lleno de sol. Nuestros padres

tenían que llamarnos al orden. «¿Pero es que os habéis vuelto locos, muchachos?»

—A ti entonces ya te gustaba contemplar extática, durante largas horas, la Catedral, y te encantaba la luz que descendía en colores del rosetón y te apiadabas de los santos de piedra del atrio, que los hombres no protegían contra las injurias del tiempo.

—¡Habla, habla!.. ¡Cómo reviven las cosas pasadas! Yo en aquella época era un niño con ensueños, con vagos ensueños de creación y de gloria.

—Y yo veía cómo esas ilusiones se iban adueñando de ti, y no las comprendía bien y parecíame que te ibas alejando de mi lado. Tú me comunicabas, balbuciente, tus proyectos y tus fantasías.

—Tu alma érame atenta. Mientras los demás se burlaban de mis primeros ensayos y padre exclamaba: «Ya le pasará,» y todo eso me hacía llorar quietecito, tú permanecías pensativa... Pero éramos unos niños todavía, no éramos más que unos niños.

—De pronto, ignoro cómo, desapareciste. Ya no se reían tanto de ti. Ibas al extranjero. ¡Cómo sufrí al saberlo mi pobre alma!

—Una voluntad indomable se revelaba en mí. Yo había experimentado inconfesados anhelos de gloria muy á menudo, al contemplar, en nuestro viejo museo, las obras escultóricas que atesoraba. Yo tenía largos coloquios con ellas, parecían conocerme y sonreírme animándome para realizar grandes empresas. Todas eran de un mismo autor, el maestro Daniel. Igual que su obra me inspiraba devoción la vida de aquel hombre tan extraordinario. ¿Recuerdas? Procedía de clase humildísima; era muy pobre; hijo de la montaña, que recorría con los pastores, tras los rebaños, no la había abandonado nunca, y revelóse súbitamente, sin el apoyo de nadie. Después, lo de siempre..., el éxodo, el calvario, y el triunfo al fin, la magna consagración... El hombre y su obra fueron, pues, para mí, fatalmente, desde el primer momento, los ejemplos á seguir, el norte de mi ruta incierta...

—Yo recuerdo perfectamente, Mario, de qué

manera las cosas te maravillaban. Tus ojos deteníanse beatamente delante de toda forma noble.

—Comencé á dibujar... Tú debes de guardar algunos de mis primeros dibujos... En mis manos había inquietudes...

—Muchas veces tus dedos habían acariciado, con adoración religiosa, mi rostro. Yo te decía: «¿Te has vuelto loco?» pero no me enfadé jamás—¿me comprendes?, —porque en tus dedos—¿cómo lo diré?, —parecía que hubiese luz, sí, eso es, luz, una especie de claridad que yo sentía en mi rostro embelleciéndome, como la que vemos en las imágenes.

—Aun conservas ese halo, María Consolación. Tal como te dejé vuelvo á encontrarte. Pero entonces eras más delgadita y tus áureos cabellos caían desatados sobre tus hombros perfectos.

—Yo también te veo igual, Mario. Tus ojos son todavía diáfanos, inocentes, y mueves los brazos como entonces, terminando con gestos la frase inacabada, como si tus manos supieran dar mejor que la palabra el matiz de las cosas.

—Tú ya me habrás perdonado, ¿verdad, almita mía? En plena actividad, sediento de perfección, yo no te había escrito. Me había aislado en absoluto de mi tierra, pero tú estabas siempre presente en mi espíritu, visión de la infancia sonrosada, y después de tantos años parecíame que

si hubiese querido *efigiarte* te habría adivinado tal como eres: iba siguiendo desde lejos las transformaciones de tu rostro de la gracia ingenua.

—A pesar de tu mutismo imperdonable, yo sabía constantemente de tus éxitos, pues no faltaban buenas almas que mostrábanme en las Ilustraciones tus obras. Yo entre mí decía, al leer tu nombre escrito en lenguas extranjeras: «Es él, es Mario, es mi amiguito de la infancia.» Me dirás tonta, pero yo tenía cierto orgullo de tu celebridad y figurábame participar humildemente de ella desde este rincón ignorado. A veces me preguntaba: «¿Quién sabe si volverá, un día?» ¿Por qué no me escribías nunca, Mario?

—Porque tenía como un presentimiento. Pensaba: «Es preciso encomendarnos al destino. Cuando yo vuelva á la pequeña ciudad, si ella es la misma que me acompañó ingenuamente en mis primeros años, en seguida volverá á ser mía, porque ni un solo instante habrá dejado de serlo.

Y si es de otro...» Este pensamiento, almita, desvanecíase apenas iniciado.

—Y yo jamás amé á hombre alguno. Vivía para tus obras y para tu gloria. En cuanto á ti... París, París... ¡Siempre me ha dado miedo París! Me hablaban de la gran capital como de una ciudad condenada sobre la que pronto caerían todos los castigos del cielo.

—Yo he sido un adorador de la forma gloriosa,

pero tampoco he amado á ninguna mujer. La elegida estaba lejos de mí y muy cerquita. Mi corazón esperaba...

—Nuestros corazones esperaban...

—Y se han encontrado en gloria y en amor... Mira: te hago el don de todas mis obras, de las que he creado y de las que crearé; que son como tu carne y dentro de ellas palpita un alma serena y fuerte

Ambos salieron al jardín cogidos de las manos, como cuando eran niños, y mirándose á los ojos, con la misma dulzura.

En el patio de un convento cercano las educandas cantaban. Las campanas conocidas, cuyo son no olvidara Mario, estremecieron los aires. Las rosas ofrendábanse á los dos enamorados. El amor triunfaba una vez más sobre la tierra.

Dentro, en el estudio improvisado, entre bajos relieves y estatuas ardidadas, gloriosa luz futura acariciaba el esbozo de la última obra de Mario Montes: una figura de Prometeo que se retorció con un gesto de sereno heroísmo, devoradas sus entrañas por el buitre invisible de una inquietud dolorosa y fecunda.

CUADROS DE ERNESTO DE VALLS

En los salones del Fayans Catalá ha exhibido recientemente el señor Valls Sanmartín una colección numerosa de cuadros, estudios, apuntes y dibujos que bien merecerían ser calificada de notable.

El artista es valenciano y discípulo del eminente Sorolla; viendo su exposición, no era difícil, aun no sabiéndolo, adivinar lo primero y presentir lo segundo. En efecto, todos los asuntos de sus obras son cosas de Valencia: tipos, paisajes, costumbres, vistas, principalmente de aquella her-

mosa y poética huerta, y en todas ellas se ve no al que ha contemplado todas aquellas cosas al paso y admirando sólo su belleza externa, su carácter puramente pintoresco, sino al que ha nacido y vivido en aquellos lugares, al que se ha criado entre aquellas gentes, compartiendo sus penas y sus alegrías, tomando parte en sus fiestas, en una palabra, al que siente hondamente el amor al terruño que constituye su patria chica y sabe expresar este amor cuando su mano traslada al lienzo todo cuanto le ofrece aquella naturaleza llena de poesía. Por esto sus cuadros, aparte de su bondad técnica, tienen una verdad, una sinceridad y una espontaneidad que deleitan.

Y que es discípulo, y discípulo aventajadísimo, de Sorolla, lo demuestran el vigor y la firmeza de la pincelada, aquella facilidad en los trazos y sobre todo aquel derroche de luz, aquella energía de color que son la característica del insigne maestro y que tanto se admiran en las pinturas del Sr. Valls.

Sus cuadros son luminosos, pero no es ésta la única cualidad que los distingue; hay, además, en ellos vida, movimiento, percepción exacta de la realidad, así en los paisajes como en las figuras, y en la ejecución se advierte la mano de un artista seguro que dibuja y pinta sin vacilaciones, posesionado en absoluto del asunto que ha de tratar y conocedor de los medios más adecuados para que al darles forma conserven toda su belleza y todo su interés.— T.



Componiendo redes, cuadro de Ernesto de Valls Sanmartín. (Salón del «Fayans Catalá»)



Devotas, cuadro de Ernesto de Valls Sanmartín. (Salón del «Fayans Catalá»)

amado Mario. En nuestro hogar florecerá la belleza.

—María Consolación, te amo... Te siento mía cual si también fueses una creación mía.

—Y á mí me parece ser la criatura que encarna tu ideal.

—Ven á mi jardín. Hablaremos de mis proyectos; te describiré mi taller, allá en París, donde eres esperada como una criatura divina. Quiero coronarte de rosas, María Consolación.



UN MILAGRO DE SAN FRANCISCO SOLANO, cuadro de José Garnelo. (Fotografía de J. Lacoste.)

San Francisco Solano, confesor, misionero, predicador y apóstol del Perú, nació en Montilla en 10 de marzo de 1549 y murió en Lima en 14 de julio de 1610.

Con motivo del tercer centenario de su muerte, su ciudad natal, que lo tiene por patrono, celebró hace año y medio grandes fiestas cívicas y religiosas, entre las cuales figuró la instalación y bendición, en una capilla especial de la parroquia, del cuadro que adjunto reproducimos, obra notable del ilustre pintor Sr. Garnelo y que recuerda uno de los milagros realizados por el Santo en una de las calles de Montilla, pocos días antes de partir para su misión apostólica en América, sanando á una niña enferma, á la que recitó unos evangelios, y á un cojo paráltico.

Desde su infancia, el santo mostró fervorosas inclinaciones; vivía con sus padres en una huerta vecina, que aun conserva su nombre y los zarzales y rosales sin espinas por él plantados, y todas las tardes recorría el típico barrio de los Curtidores, una de cuyas calles repro-

duce el cuadro, repartiendo limosnas y consuelos entre los menesterosos y desgraciados.

Era el Santo modelo de todas las virtudes, llevaba consigo los atractivos de la fe y de la gracia y tenía el don de apaciguar las discordias; nunca conoció la holganza, la cavaba las tierras en ausencia de sus padres y entonaba cánticos religiosos, atrayendo con la dulzura de sus acentos á los pájaros, que le seguían como extasiados.

A los veinte años de edad vistió el hábito franciscano y poco después le fué confiada la misión apostólica en el Yucatán, en Santiago del Estero y en la Argentina. Su oratoria suave y convincente y su bondad conquistaron los corazones de innumerables indios que recibieron el bautismo; concilió revueltas y resolvió conflictos difíciles surgidos con motivo de la expansión española en aquellos países.

Murió en la más santa beatitud y durante muchos días los pájaros revolotearon sobre su cuerpo incorrupto, que fué objeto de gran veneración por parte del pueblo.



S. A. el infante D. Fernando conversando con el general Arizón, gobernador militar de Melilla

Nuestras tropas han realizado el día 18 de este mes una operación hábilmente preparada y dirigida y admirablemente ejecutada, cuyo resultado ha sido la ocupación de una nueva é importante posición, el monte Arrui.

El capitán general de Melilla, al dar cuenta de ella al ministro de la Guerra, se expresa en los siguientes términos: «La operación que he dirigido en conjunto desde Buxfa, se ha efectuado como estaba concebida con insignificantes bajas, siendo la columna Pereira la primera que ocupó la posición á las nueve y veinte, llegando media hora después el general Larrea con la columna Villalón. La última en llegar fué la columna Pacheco. A las doce comenzó el repliegue de la columna Pereira, que en este momento, una de la tarde, pasó bajo Buxfa, en donde me encuentro. Queda en Arrui el general Larrea esta noche con la columna Villalón, dos baterías de campaña y una de montaña, un escuadrón y dos compañías de zapadores para activar las obras de fortificación.»

Además de las mencionadas fuerzas, tomaron parte en la operación las columnas del general Navarro y del coronel Serra y varias compañías de la policía indígena.

A la operación coadyuvó también la escuadra desde la desembocadura del Kert.

Nuestras bajas en aquella jornada han sido un muerto y dos heridos de las *jarkas* amigas y dos soldados muertos, y un oficial y treinta soldados heridos de la columna Navarro, que hubo de sostener un combate empeñadísimo al tomar el zoco de Yemaa de Beni Buyagi.

Las pérdidas de los moros fueron considerables.

El monte Arrui es, como hemos dicho, una posición de gran importancia: domina por completo el zoco del Yemaa, de los Beni-Buyagi, una de las fracciones más contumaces en su rebeldía; pero, sobre todo, resguardado de posibles ataques

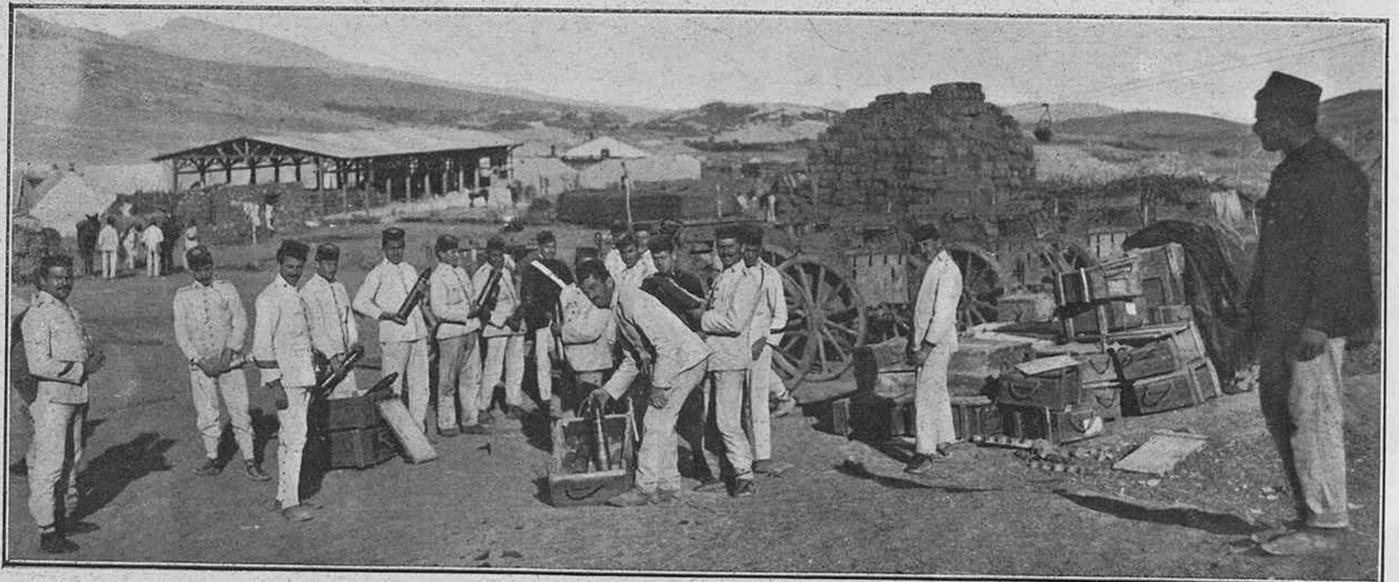
de la *jarka* concentrada en la región Suroeste de Zeluán, y además hay en ella, entre anfractuosidades, en la confluencia de los orígenes del Kert y del Zeluán, un excelente punto de aguada. De éste es del que se sirven los Beni-Buyagi, y privados ahora de él, no les quedará más remedio que someterse á España para poder utilizarlo; pues, de lo contrario, tendrían que ir al Muluya ó refugiarse en el interior.

En el combate que se trabó para la toma del monte

DE MELILLA
LAS ÚLTIMAS OPERACIONES EN EL KERT
TOMA DEL MONTE ARRUI
(Fotografías de Antonio Rectoret.)



Grupo de jefes y oficiales del regimiento de Lusitania, del que es comandante S. A. el infante D. Fernando, en el campamento de Nador.

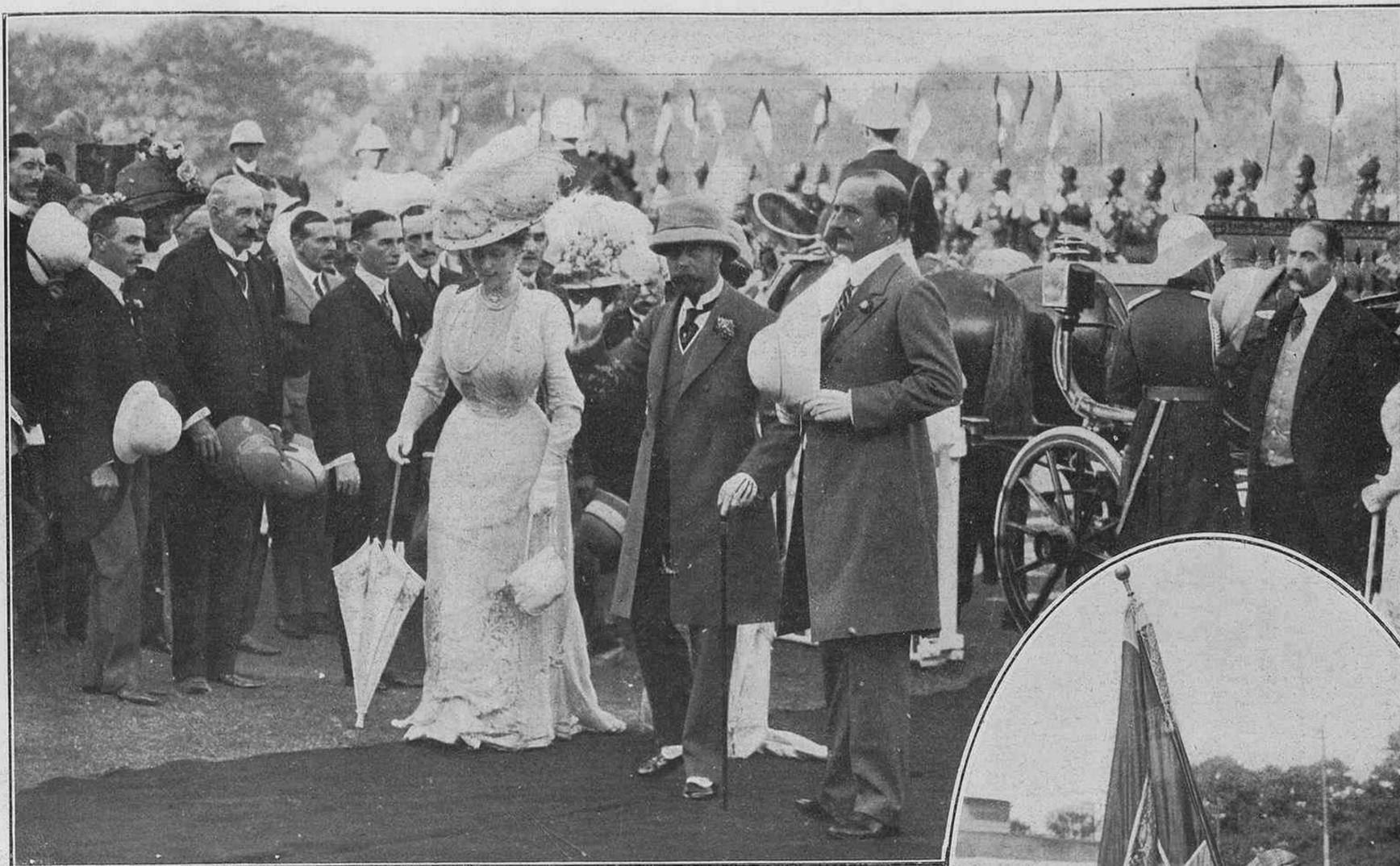


San Juan de las Minas.—Parque móvil de artillería aprovisionándose para llevar material de guerra á las baterías que tomaron parte en el combate del día 18

Arrui, tomó parte importantísima el infante D. Fernando al frente de sus escuadrones de Lusitania, los cuales pusieron en dispersión á los rebeldes é incendiaron sus *jaimas* y almiarés, regresando luego á San Juan de las Minas.—S.

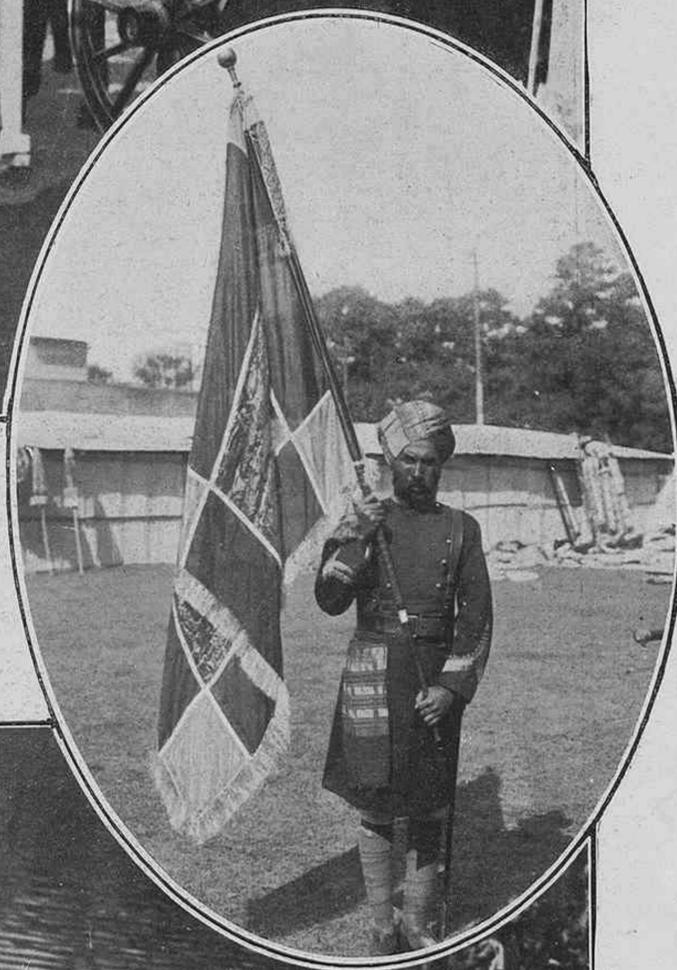


San Juan de las Minas.—Llegada del primer convoy á su regreso de la nueva posición de Arrui, conquistada en el combate del día 18



Llegada de SS. MM. al hipódromo para asistir á las carreras de caballos organizadas en su obsequio. (De fotografía de L. N. A. Staff Photographer.)

Los adjuntos grabados completan la información que acerca de la estancia de los reyes de Inglaterra en Calcuta publicamos en el número último. Los dos primeros no necesitan ser descritos; el tercero representa la interesante y pintoresca ceremonia religiosa llamada la fiesta del Mohurrán, que consiste en una procesión en la que los indígenas pasean por las calles de la ciudad banderas, imágenes y *tabuts* sagrados, que son una especie de casas hechas de un papel especial. Después de haber recorrido la población, la procesión termina dirigiéndose el cortejo al río, en donde son sumergidos los *tabuts*.

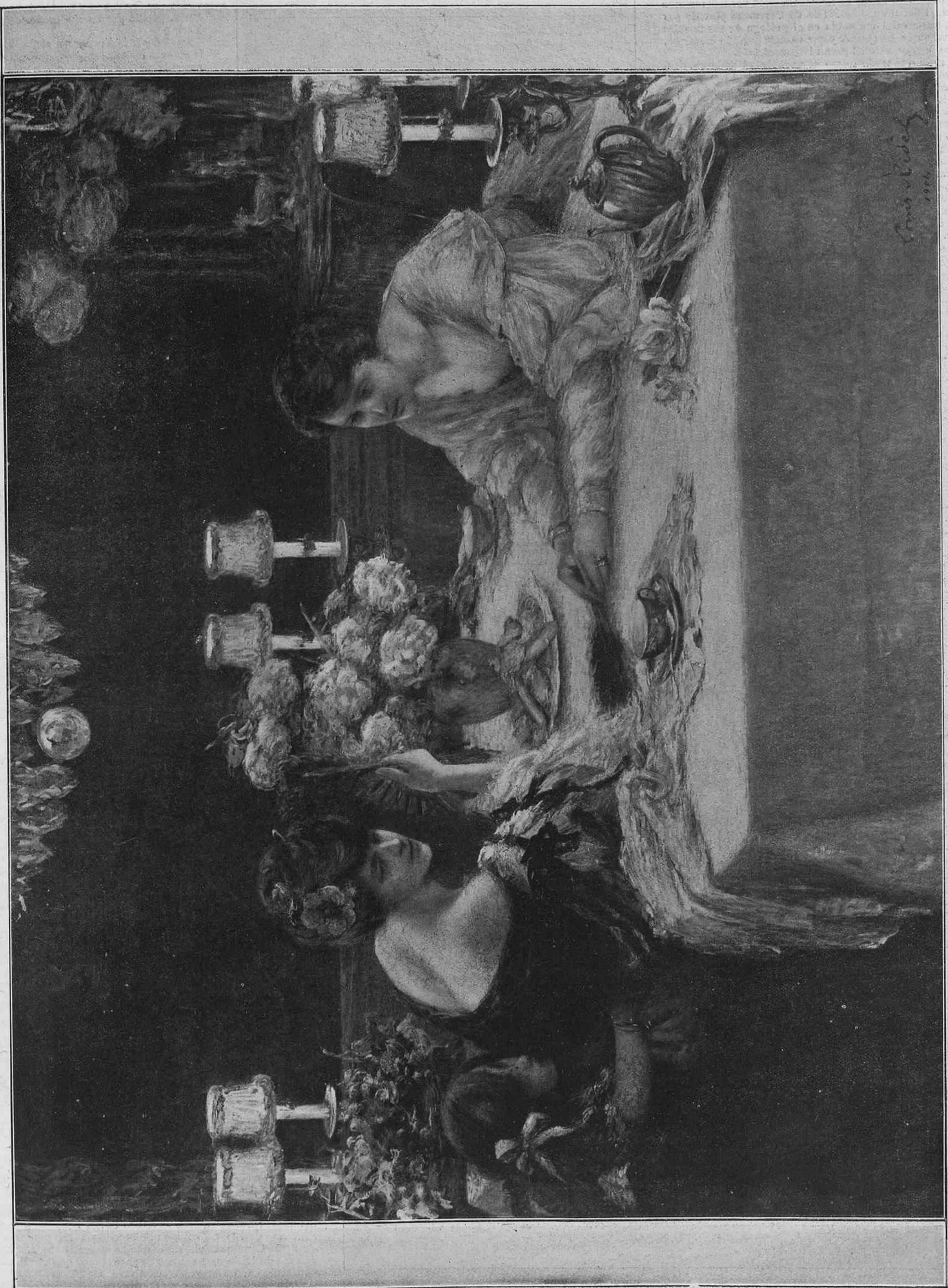


El estandarte real de Murshidabad, que figuró en el gran festival. (De fotografía de Carlos Trampus.)

La fiesta del Mohurrán, ceremonia religiosa para impetrar la protección del cielo para los soberanos. (De fotografía de L. N. A. Staff Photographer.)



RECUERDOS DE ANTAÑO, cuadro de A. Maignón. (Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística de París.)



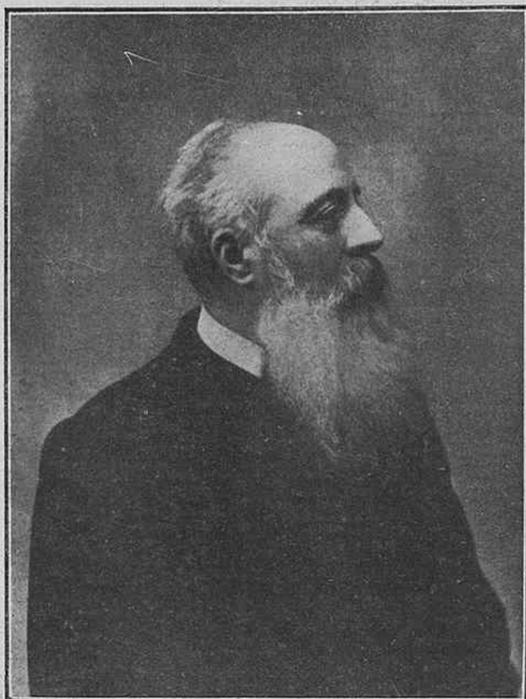
HISTORIA DE UN PASADO, cuadro de L. Eidel. (Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística de París.)

EL RETRATO AUTÉNTICO DE CERVANTES

El ilustre presidente de la Academia Española, Excelentísimo Sr. D. Alejandro Pidal, ha dado recientemente en la Asociación de la Prensa de Madrid una interesante y notabilísima conferencia sobre el descubrimiento verdaderamente providencial del retrato auténtico de Cervantes pintado por Jaurigui, retrato del que habla en el prólogo de sus novelas el inmortal autor del *Quijote* y que se creía perdido hasta que, hace poco, una casualidad permitió encontrarlo.

He aquí de qué modo relató el Sr. Pidal el hallazgo, después de recordar la inmensa fama y la unánime popularidad del *Quijote* y de explicar cómo se aceptó por bueno el retrato que, á falta de otro, se estimaba como auténtico y figuraba en la galeña de la Academia:

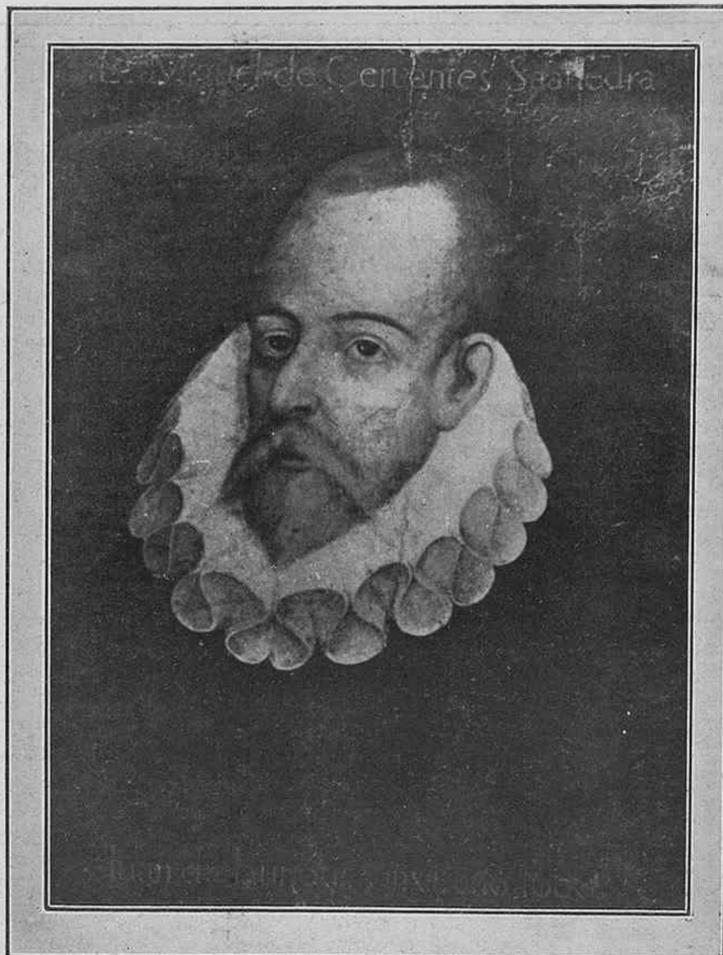
«Un día, cuando ya nadie soñaba, no digo ya con encontrar, sino con buscar siquiera el retrato perdido del gran Cervantes, un artista español, un orfebre, casi un artístico artesano, como quien dice un obrero, se le ocurre limpiar una tabla española, en que se adivinan, más que se ven, los rasgos característicos del retrato de un hidalgo español. Aquella tabla, confundida y como perdida entre un sin fin de cuadros y de retratos antiguos, hacinados, más que colgados en la numerosa y abigarrada colección de un extravagante aficionado á vejees, que en su monomanía adquisitiva de coleccionista insaciable, recogía á bulto y montón todo cuanto tropezaba



El Excmo. Sr. D. Alejandro Pidal, presidente de la Academia Española, que ha dado en la Asociación de la Prensa de Madrid una interesante conferencia sobre el descubrimiento del retrato auténtico de Cervantes. (De fotografía de Asenjo y Salazar.)

en sus viajes á pie por todo el Reino, y principalmente por Sevilla, había estado á punto de perecer, y como condenada á morir al fuego lento de una estufa para ahuyentar el frío de un taller. La salvó la casualidad, que es como llamamos á la Providencia cuando se presenta de incógnito. El pintor orfebre que la tenía quiso ver claro el rostro del personaje, y el

dos fulgurantes letreros que aquí estáis leyendo. El artista, víctima inocente, como casi todos, de la mentira oficial, no cayó en la cuenta de la importancia del descubrimiento. Para



Retrato auténtico de Cervantes, pintado por Jaurigui, descubierto recientemente y regalado por su propietario Sr. Albiol á la Academia Española. (De fotografía de Asenjo y Salazar.)

él, Cervantes era el del retrato oficial, el del retrato convencional, el del retrato corriente y, por lo tanto, la tabla no podía ser otra cosa que una variante vulgar, poco afortunada tal vez, que no merecía los honores de la ostentación, ni siquiera los del inquirimiento. Pero al fin estaba firmada por «Jaurigui,» y aunque á sus oídos de artista no había llegado nunca á sonar ese nombre como apellido de pintor, y la muestra no le parecía un prodigio, le picó la curiosidad y se propuso indagar quién era el firmante desconocido.»

Después de referir cómo el artista se puso en relación con el Sr. Sentenach y cómo éste, á su vez, habló del providencial hallazgo con el Sr. Rodríguez Marín, quien apresuró á dar cuenta de lo que ocurría á la Academia Española, explicó el ilustre conferenciante las gestiones por él realizadas para conseguir que el Sr. Albiol, dueño del retrato, consintiese en vender la preciosa tabla á aquella docta corporación. La entrevista con dicho señor celebrada á tal objeto se efectuó en Madrid en el taller de la fototipia de Hauser, y en ella el señor Pidal, procediendo con toda lealtad, ensalzó el valor del descubrimiento, manifestó el interés que sentía por que el re-

tado la codicia de muchos, el Sr. Albiol, dando pruebas de un patriotismo y de un desprendimiento de que hay muy pocos ejemplos, se negó á recibir precio alguno y regaló á la Academia aquel retrato que, como dijo con razón el Sr. Pidal en su discurso, «hubiera valido una fortuna en una sala de ventas de París, pujado por un millonario de Nueva York.»

Pasó después á ocuparse el Sr. Pidal en la autenticidad del retrato, que estimó plenamente probada, no sólo por signos, caracteres y detalles de la pintura, que ha sido reconocida por los más afamados artistas, tanto arqueológicos como técnicos, en las artes de la Pintura, sino además y de modo concluyente, por el hecho de que las falsificaciones de obras como la de que se trata, únicamente pueden tener por objeto realizar ganancias considerables con su venta, y el retrato de Cervantes ha sido cedido gratuitamente á la Academia por su propietario, sin haber éste hecho antes gestión alguna para darle más ventajosa salida.

La conferencia del Sr. Pidal, verdadero monumento literario, fué escuchada con respetuosa emoción y saludada al final con estruendosos aplausos y entusiastas aclamaciones.

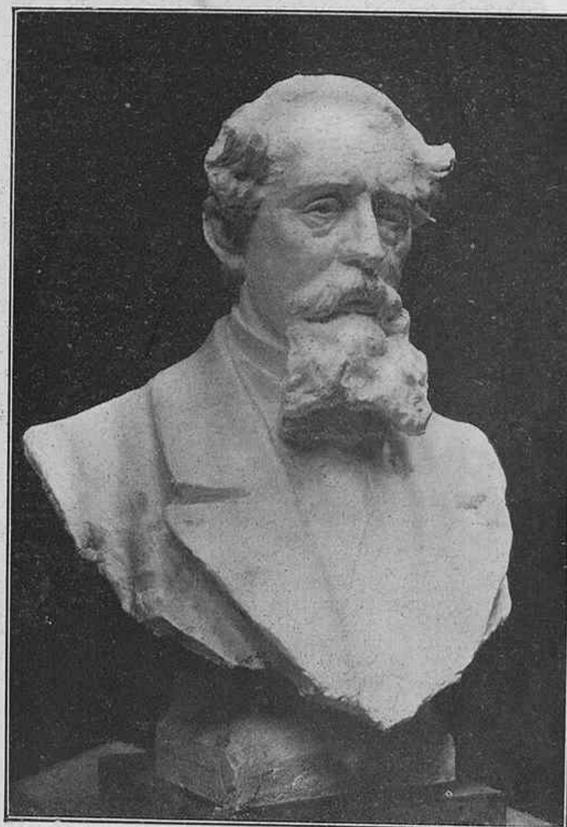
NUEVA YORK. - INCENDIO

DEL PALACIO DE «LA EQUITATIVA»

Un incendio formidable destruyó en gran parte, el día 9 de este mes, el grandioso palacio que la importante sociedad de seguros «La Equitativa» tiene en Broadway, la principal arteria de Nueva York. Para combatirlo acudió casi todo el material de incendios de la ciudad, pero los trabajos de extinción fueron sumamente difíciles, no sólo por la magnitud y la violencia del fuego, sino también á causa del frío intenso que había helado las conducciones de agua y hacía que las máquinas funcionaran de una manera defectuosa.

A consecuencia del incendio, perecieron quince personas, entre ellas tres bomberos. Las pérdidas materiales se estiman en 100 millones de pesetas. Por fortuna, todos los valores y la documentación resultaron indemnes.

El edificio incendiado se consideraba como el mayor de Nueva York y en él habitaban mil quinientos inquilinos.

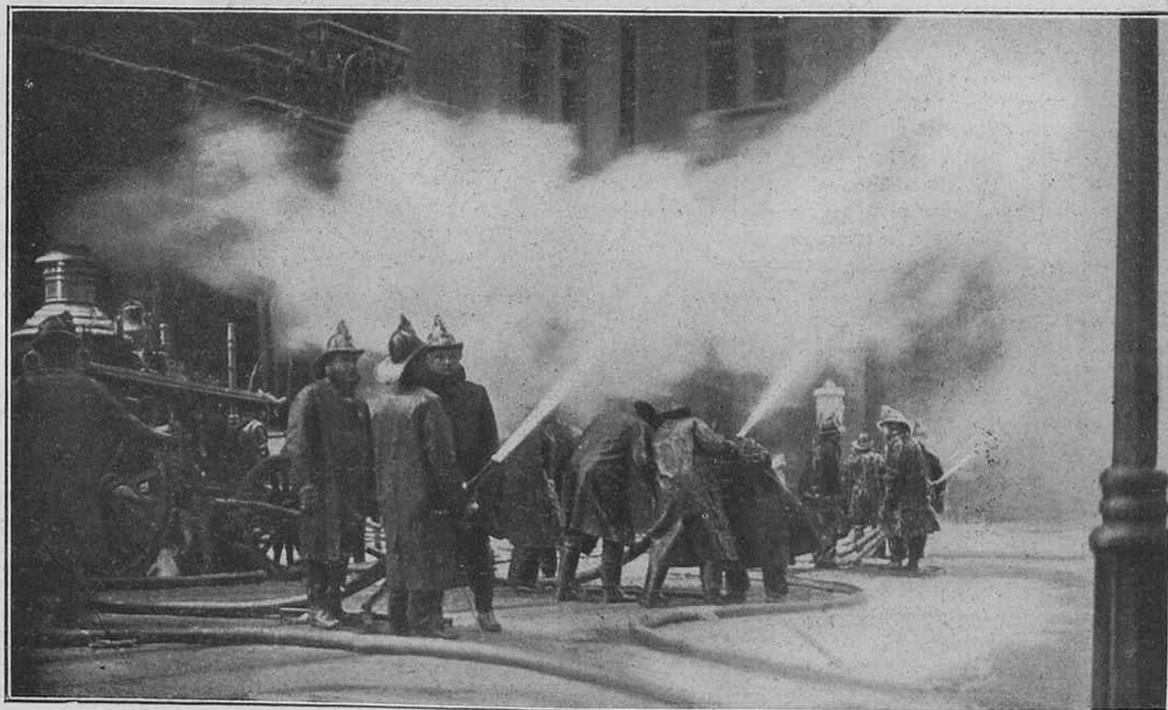


Busto de Carlos Dickens, que se inaugurará en Inglaterra en ocasión del próximo centenario de la muerte del gran novelista. (De fotografía de Harlingue.)

EL CENTENARIO DE DICKENS

Inglaterra se prepara á festejar solemnemente el centenario del nacimiento de su gran novelista Carlos Dickens, que vino al mundo en Lándport, cerca de Portsmouth, en 7 de febrero de 1812. Como preludio de lo que ha de ser la llamada «gran semana de Dickens,» anunciada para el mes que viene, se ha celebrado ya una representación en el Coliseum de Londres de algunas obras del escritor eximio, en cuya ejecución tomaron parte los principales actores ingleses.

Bien hace el pueblo inglés en honrar la memoria de Dickens, de quien ha dicho muy acertadamente un distinguido escritor español: «Si fuera posible reunir todas las páginas en donde ha trazado la fisonomía moral y física de Inglaterra y, una vez reunidas, galvanizarlas, aunque la Gran Bretaña desapareciese, viviría eternamente en las obras del más inspirado de sus novelistas.»



Nueva York —Incendio del palacio de «La Equitativa.» Los bomberos apagando el incendio (De fotografía de Carlos Trampus.)

alcohol y el aguarrás cayeron sobre el rancio y amarillento barniz, y sobre la espesa capa de la envejecida porquería, que velaban casi por completo el retrato, y pronto á los ojos del operador apareció distinto el noble rostro que aquí veis y los

trato fuese de la Academia y su temor de que pudiera ir á parar al extranjero y terminó ofreciendo al Sr. Albiol una cantidad importante por aquella pintura.

A pesar de todas estas manifestaciones, que hubieran exci-

LA NOVELA DE UNA CREYENTE

ORIGINAL DE JUAN DE LA BRETTE. — ILUSTRACIONES DE FRANCISCO SARDÁ. (CONTINUACIÓN.)



Marién había cogido una de mis manos; la cubría de besos apasionados y en términos ardientes me declaraba su amor

—Puesto que tiene usted tanta experiencia, debe de saber que la juventud no es paciente y echa á la calle lo que le estorba, replicó Luis en tono glacial.

—Pierda usted cuidado, que no le estorbaré mucho tiempo, contestó ella exasperada. Pero es una locura creer que se me impedirá decir una palabra en favor de esa pobre que se consume de tristeza, á causa de usted.

—¿Todavía está usted aquí?, gritó Luis furioso.

—¡Y ha de saber usted que todo el mundo habla de ello para censurárselo! Yo he visto á su Dorisa, señor mío, y le aseguro que no es usted el único hombre por el cual se ha embobado.

Una furibunda exclamación de Luis la asustó. Entró vivamente en el salón y lo atravesó sin verme, diciendo:

—¡Ah, el mal hombre, el mal hombre, el mal hombre!

Me levanté para correr hacia ella, pero me detuve á la puerta del vestíbulo, porque un criado, que ha-

bía oído ó adivinado la discusión, la detenía para hablarle.

—¡Ha hecho usted mal, Final! No es bueno entrometerse en ciertas cosas.

—¡Pedazo de alcorcoque!, contestó la vieja. Si quiere usted bien á una persona ¿no tratará de protegerla?

Esta intervención, cuya torpeza era muy excusable, empeoró la situación.

Yo pensé seriamente en refugiarme con mi hija al lado del viejo Merán, pero vacilé aún en tomar esta resolución extrema que repugnaba á mi dignidad, cuando el desenlace harto previsto llegó.

Luis, llamado por la señora Le Seine, partió por largos, muy largos meses.

VII

Durante algún tiempo traté de hacer frente á la falsa situación, repitiendo en torno mío que mi es-

poso había ido á París con el objeto de arreglar asuntos urgentes.

Peró mientras yo procuraba salvar los restos de nuestro orgullo recíproco, él no pensaba más que en hacerlo zozobrar en un escándalo público.

Me había escrito que, fatigado de su vida monótona, deseaba emprender un viaje de larga duración, y pronto supe que se encontraba en Austria con la señora Le Seine.

Todo había terminado. Yo era la mujer abandonada en su primera juventud, y aun no había agotado los primeros transportes de mi dolor y de mi indignación.

Durante seis semanas, mi puerta estuvo cerrada á todo el mundo, excepto para la vieja Fina. Yo comprendía la necesidad de reaccionar prontamente, á fin de organizar con dignidad mi vida solitaria.

Afortunadamente, en las sacudidas tan violentas, sucede que una naturaleza enérgica descubre en sí una fuerza cuyo poder desconocía. Sucede también

que la inteligencia, aguzada por la gravedad del caso, adquiere una lucidez que le permite analizar el deber hasta en sus últimos atrincheramientos. Pone á descubierto toda la responsabilidad que incumbe á la mujer que se queda sola para obrar, y se la hace ver en su inmensa extensión.

Yo que creía en la transmisión de un patrimonio moral, meditando sin cesar junto á la cuna de mi hija, me repetía que, perjudicada por un lado, mi Gilberta debía de encontrar una compensación en la segunda mitad de la herencia. Este pensamiento levantaba mi espíritu, reanimando mi valor abatido.

Las circunstancias materiales ayudaban al apaciguamiento de mis ideas. Después de los sustos continuos de las semanas precedentes, la paz de mi soledad me proporcionaba un descanso físico que ejercía su influencia en lo moral. En aquella tranquilidad exterior, yo empezaba á seguir otra vez mis antiguas costumbres de reflexión, y, según ciertas tendencias de mi espíritu, á sacar de la vista de las cosas amadas las fuerzas que me arrastraban en la corriente á que me habían conducido los acontecimientos y la afección desaparecida.

Cuando, por la noche, paseándome sola y procurando tranquilizarme, observaba la calma que existía en el armonioso concierto de la naturaleza, me decía que descansaba después de un día vigilantemente empleado, y que yo necesitaba, como ella, trabajar para obtener el reposo.

Y viendo que mis manos no sabían tejer, procuré elevar á Dios mi corazón y mi pensamiento para aprender á manejar mis utensilios.

Cuando me sentí al fin en posesión de mí misma, consentí en recibir á mis viejos amigos desesperados. El Sr. de Merán me había escrito varias cartas, acusándose con vehemencia de mi desgracia, y diciéndome llanamente que había que pedir una separación.

Cuando él y la señora Sevelina entraron en el salón, me encontraron en contemplación delante de mi hija que dormía profundamente, con su bonita boca entreabierta por una angelical sonrisa.

—¡Genoveva, mi pobre Genoveva!, exclamó el señor de Merán, sin poder añadir otra palabra.

¡Pobre pequeño autómatas! Marchaba agitadísimo, con movimientos tanto más secos cuanto que los resortes se hallaban muy gastados.

—¡Tienes que separarte Genoveva!, me dijo deteniéndose bruscamente delante de mí. Dígame usted que es de la misma opinión, mi vieja amiga, añadió volviéndose hacia la señora Sevelina.

—Sí, Genoveva, me dijo ella, creo que le debemos á usted un buen consejo.

Aquellas viejas caras familiares me recordaban la casa solariega en que siempre las había visto, en que los había querido, en que eran á mis ojos algo como los antiquísimos muebles del salón de que no se hablaba mucho, pero que eran partes inherentes de las costumbres. Y ante el pasado que me parecía tan remoto, tan lejos de mí por los acontecimientos, por el cambio de mi ser íntimo, tuve un desfallecimiento y me puse á llorar.

—¡Cuando pienso, exclamó Merán cerrando los puños y con voz temblorosa, cuando pienso que no le puedo estrangular!.. ¡Ah!..

Estas palabras me hicieron volver á la realidad.

—He reflexionado, les dije, sobre la separación, y no quiero oír hablar de tal cosa.

—¿Por qué, Genovevita? Nosotros te apoyaremos con toda la fuerza de nuestro afecto y de nuestra experiencia.

—Me apoyaré ante el tribunal, pero quizá no impidan que la calumnia me hiera. Un proceso, cuyo resultado, después de todo, es dudoso, no entra en mis ideas.

—¡Tus ideas!, exclamó Merán estupefacto.

No pude menos de sonreír, pues, según una ley general, el buen señor no pensaba que la muchacha que estaba acostumbrado á ver en mí, era ya una mujer madura, aleccionada por la desgracia, con una personalidad que la práctica de la vida había revelado; una mujer que había adquirido hasta cierto punto la experiencia que conduce un carácter por una vía decisiva.

Sin embargo mi inexperiencia sobre los demás y sobre mí misma había de resultar próximamente muy peligrosa y hacerme dar más de un paso en falso.

—Mi hija no debe conocer la amargura de una familia desunida, repuse. No quiero para mí una situación falsa, y en fin quiero que él vuelva á encontrar su hogar si lo desea.

—¿Por qué diantre quieres conservar un hogar á ese animal que lo ha abandonado?

—De todas maneras la situación es falsa, añadió la señora Sevelina.

—Es momentánea, contesté vivamente. No ha

desertado, viaja..., en condiciones que todo el mundo conoce, es verdad, pero volverá seguramente, y entonces la situación no será ya falsa.

—¿Y consentirás en volver á una vida de presidencia?, exclamó Merán.

—Usted exagera, y esto es cuenta mía, contesté con un poco de irritación altiva.

¡Qué lejos estaban de todos los pensamientos que habían fortalecido mi resolución durante mi soledad! Yo experimentaba la impresión desagradable de una lluvia fría al caer sobre miembros bien penetrados de un dulce y sano calor.

Mientras yo escuchaba, con el corazón lleno de lágrimas, sus últimos consejos, un ligero rayo de sol vino á deslizarse por entre los dorados cabellos de mi hija y, como un amigo de otra clase, á hablarme un lenguaje que á mí me gustaba y que, en los momentos de flaqueza, me devolvía con frecuencia á la alta razón que yo había tomado por norma.

Atrayendo mi mirada, la hizo subir, y volverse hacia el punto de donde él partía. Y el espíritu, dejándose arrastrar por el impulso admirativo de mi sentido artístico, se elevó también y fué más allá de aquel pálido destello para fortalecerse en el Ser que le había dado calor y vida.

—Mi resolución está tomada, dije con firmeza, inclinándome sobre mi hija para besarla.

—¡Ah!, dijo Merán asombrado; ¿dónde está Genovevita?

—No muy lejos, contesté con emoción. En el fondo es aún pequeña y débil como usted la conoció, mi viejo amigo.

Sin añadir una palabra, me abrazó bruscamente y se precipitó fuera del salón.

Los miré subir á su vieja calea. Ambos tenían la expresión ansiosa y un poco cómica de personas que acaban de hacer un descubrimiento tan inaudito que será para ellos inagotable tema de discusión.

Aquel mismo día recibí al Sr. Marién. Me estrechó largamente la mano sin decir nada, y luego la conversación se entabló sobre un terreno trivial, pues, á pesar de la intimidad de nuestras relaciones, la delicadeza no nos permitía tocar el único asunto que nos interesaba.

—¿Tiene usted la intención de pasar todo el invierno aquí?, me preguntó levantándose.

—Sí..., creo que es lo más prudente.

—En un sentido, quizá, pero yo temo para usted la gran soledad. La encuentro muy cambiada, añadió en un tono inquieto.

—Sin embargo, me siento mejor. No estaré sola: tendré á mi hija y á mis amigos.

—Es poco... ¿Me permite usted que venga á verla de vez en cuando?

—¿Por qué no?, contesté un poco sorprendida.

Algunos días después, la Fina vino á instalarse en Roche-Plate para pasar á mi lado unas cuantas semanas.

Le referí mi conversación con mis viejos amigos.

—¿Tú no opinas, verdad, que yo pruebe de separarme?

—No, hija mía, yo opino que tiene usted mucha razón. Desde luego, es probable que no lo conseguiría; he preguntado á un señor que sabe mucho, sin decir que se trataba de usted, como es natural, y me ha dicho que era difícil. Además, con el tiempo cambiará la cosa. Separada, estaría usted más tranquila, es cierto; pero ¿es una situación para una joven como usted, sin parientes que la sostengan?

—Y sobre todo para mi hija, contesté. Cuando esté en edad de comprender, el tiempo habrá transcurrido y, si no borrado, atenuado al menos la amargura de los hechos.

—¡Pero lo que va usted á sufrir, tesoro mío!, dijo la Fina abriendo su caja de rapé con aire meditabundo.

—¡No, no, repliqué, estoy llena de valor, ya verás! Voy á estar tranquila aquí y me ocuparé en hacer algunas obras de caridad para salir de mí misma.

—¡Bueno, bueno!, dijo Fina sin convicción. Su fisonomía me daba que pensar. Indudablemente meditaba algo que no se atrevía á decir.

—¿Qué tienes?, dije. ¿Mi resolución no es buena?

Pasando y volviendo á pasar su enorme plancha sobre la pieza de ropa blanca extendida delante de ella, me contestó:

—Mi querida señora, es preciso que le diga algo.

—¿Qué tienes que decirme?, pregunté inquieta.

—El Sr. Marién vino á verla; ¡está bien! Usted no podía dejar de recibirle, aunque, á mi ver, estuvo demasiado tiempo. Pero sé que ha vuelto, y sin embargo, usted no debe seguir viéndole como antes.

—¡No ver un amigo tan bueno!, exclamé. ¿Estás loca?

—No, no, no estoy loca, yo sé lo que me digo.

—Pero tiene costumbre de venir; yo no puedo decirle que se vaya. Tú sabes que Luis le admitía en nuestra intimidad.

—¡Si usted cree que eso á mí me parecía bien! Es una artimaña, cuando un hombre es tan arisco, el ir siempre acompañado de otro que parece amable. De todos modos no es lo mismo ahora.

—Efectivamente, dije toda agitada. Él mismo lo sabe, puesto que me ha pedido permiso para volver; por consiguiente será discreto.

—¡Mucho!, murmuró la Fina. Ha venido tres veces en en ocho días.

—¿Qué es lo que temes, vamos á ver?

Inclinóse sobre la pieza de ropa para humedecer una arruga que debía desaparecer, y contestó tranquilamente:

—Que se enamore de usted, y que le venga á declarar su amor.

—¡No le conoces!, exclamé con indignación. ¡Él..., decirme que me ama, él, ofenderme, un joven tan bueno!

—¿Qué tiene que ver, tesoro mío, que sea una buena persona?

Me enfadé contra Fina porque turbaba inútilmente mi ánimo.

—¡Eso es absurdo!, dije. Sin embargo, por lo que toca á la frecuencia de las visitas, opino como tú y se lo diré simplemente. Pero te repito que es incapaz de ofenderme.

—¡Bah..., ofender!, contestó Fina, encogiéndose de hombros de la manera más elocuente. ¡Me hace usted reír señora!

Al día siguiente, como la temperatura era muy fría, me hallaba sentada en el salón, al lado de un buen fuego.

Meditaba tristemente, preguntándome dónde podían estar los dos á la misma hora. Mi aislamiento me agobiaba. Seguía el movimiento de una llama que subía y bajaba alternativamente, y la comparé á mi espíritu, que tan pronto se elevaba hasta las nubes como rasaba la tierra con el vuelo de un pájaro bien cansado.

La llegada del Sr. Marién interrumpió mis reflexiones.

El recuerdo de las palabras de Fina me turbó tanto más cuanto que, en el fondo, sus palabras eran causa de una renovación de tristeza.

Con su cordialidad afectuosa, trató de distraerme discutiendo conmigo una obra que yo acababa de leer. ¡Qué amable y buena sonrisa, cuando le expresé mi indignación sobre la conducta de los personajes!

—Pero los caracteres inflexibles no existen, me dijo riendo.

—Lo sé por mí misma, contesté con melancolía.

—¡Como dice usted eso! Parece aún más triste que de ordinario, añadió en tono afectuoso.

—Pido socorro á mi valentía y no responde, dije tristemente.

Me había levantado para ir á sentarme en mi sitio de costumbre, delante del panorama que me gustaba. Inquieta y afligida, miraba á lo lejos pensando en todas las decepciones meditadas en aquel mismo sitio.

De pronto me estremecí con violencia; Marién había cogido una de mis manos; la cubría de besos apasionados y, en términos ardientes, me declaraba su amor.

En mi sorpresa, no encontré una sola palabra que decir.

—¡Usted á quien amo desde hace tanto tiempo!, me decía él. No podía ya vivir sin confesárselo, como no podía vivir á su lado sin amarla. Cada día tomaba la resolución de alejarme, y cada día volvía, atraído á pesar mío. Aquí lo adoro todo, hasta los menores objetos que usted ha tocado. ¡La amo tanto, pero tanto!

¡Qué sincero le sentía yo!, y que el corazón amante que no haya pecado nunca me arroje la primera piedra, pero sus palabras eran una música arrobadora y encontraban eco en mi alma trastornada.

—¡He luchado largo tiempo por no hablar, exclamó, pero es absurdo pedir á las fuerzas humanas lo que no pueden dar!

¡Lo que no pueden dar!.. ¡Preciso era que yo encontrase aquellas fuerzas, para callar! ¿Estaba escrito que todo me abandonaría; que el amigo cuya delicadeza yo había apreciado tanto, cuya bondad me había consolado tantas veces, había de desaparecer con los demás despojos de mi vida?

Con los ojos vueltos hacia el jardín, miraba yo distraídamente una ramita flexible que, agitada por un viento fuerte, acababa de dejar caer su última hoja algo verde todavía. Perdida en el conjunto del parque, como yo en la vida, tenía en su desnudez un aspecto lastimoso.

—Pero hábleme, repuso Marién con inquietud. ¿Por qué ese largo silencio? No he querido ofenderla.

—Y sin embargo lo ha hecho, dije mirándole, y de usted, nunca lo hubiera creído!

—Mi amor respetuoso no tiene nada que pueda ofenderla, á usted en quien adoro aún más la pureza de corazón que la hermosura!, me dijo con entusiasmo.

Yo nada contesté.

—¿Por qué he hablado? La he ofendido, bien lo veo; pero ¿lo está al extremo de no encontrar para mí una palabra de indulgencia?

—¡No estoy ofendida, dije dolorosamente, pero..., adiós!

Él se levantó vivamente.

—¿Adiós?, ¡es imposible!, usted no me despedirá. Usted no destruirá la amistad que las circunstancias han consagrado.

—Usted lo ha querido, contesté con bastante firmeza. Usted mismo la ha destruido.

—¡Ah, repuso paseándose con agitación, cedí á un movimiento involuntario, se lo juro! No puedo volver sobre la verdad expresada, pero le doy á usted mi palabra de no volver á hablar de ello. Si me encuentra culpable ¿no me tiene bastante amistad para perdonarme?

Afortunadamente estaba demasiado turbada para contestarle, pues ya en el fondo del corazón, sentía bien que el perdón estaba concedido.

—Por favor, que nada haya cambiado entre nosotros, me dijo volviéndose á sentar á mi lado. Jamás volveré sobre lo que he dicho, y sin embargo, continuó con ardor, si jamás hombre alguno amó en este mundo...

Detúvose ante mi mirada desfavorida.

—Perdone, es el último suspiro, dije procurando sonreír. Soy, seré siempre el amigo que usted conoce. ¿Quiere usted tener confianza en mí?

—No sé, dije levantándome; déjeme; no puedo contestarle ahora.

Sin embargo, en medio de mi turbación inexplicable, es muy cierto que yo me asía con ardor á la esperanza de conservar el amigo.

Cuando se hubo marchado, y yo, aturdida por la emoción, miré inconscientemente aquella ramita de mísero aspecto, observé que no estaba tan completamente desnuda como yo había creído; en su afilado extremo había aún una hoja amarilla, casi muerta, que no esperaba más que un soplo para desprenderse de la rama.

VIII

A la mañana siguiente, después de una noche llena de ansiedad, mi resolución estuvo absolutamente tomada. Decidí perdonar á Marién, fiar de su palabra y conservar al amigo que, desde hacía tanto tiempo, me tendía la mano en cada momento de prueba que yo atravesaba.

Aquel perdón era á mis ojos un acto de gratitud por la delicada bondad de que había rodeado mi infortunio. Olvidaría un instante de error, y, pasado el primer apuro, nuestras relaciones volverían pronto á ser cordiales como antes. Me parecía razonable obrar simplemente en aquella circunstancia difícil y no complicar mi vida moral introduciendo en ella nuevos elementos dolorosos.

—Mi decisión estaba tomada, cuando Fina entró.

Y me había puesto á trabajar con una gran tranquilidad aparente, pero mi rostro era expresivo, pues la vieja me preguntó inmediatamente:

—Otra tenemos. ¿Qué le pasa á usted, mi querida señora?

—Nada de extraordinario, contesté, no queriendo enterar de la declaración de Marién.

Yo había contado sin su buen sentido y su afecto perspicaz que se había propuesto seguirme en aquella fase con infatigable vigilancia.

—Semejantes chafalditas conmigo no cuélan. ¿Era natural que se negase usted á recibirme ayer después de la marcha del Sr. Marién? ¡Todo lo adivino!

—Pues bien, dije inclinando ruborizada el rostro sobre mi labor, tenía razón, me ama; pero me prometió no volver á hablarme jamás de ello, y me alegro mucho de no perderlo como amigo.

La Fina, en pie delante de mí, levantó los brazos y los dejó caer otra vez sobre su delantal con un gesto elocuente.

—¿Es posible, mi señora, que tenga usted semejante idea? ¿Es posible que él continúe siendo su amigo después de haber empezado sus contorsiones?

—Te repito que me ha dado su palabra, dije afectando coser con una gran tranquilidad. ¿Por qué no lo he de creer? ¿Por qué he de alejar de mí á uno de los pocos seres que me quieren?, añadí con voz temblorosa.

—¿Por qué?... ¿Por qué?... ¡Precisamente por eso! Me miraba con inquietud.

—Reina mía, me dijo en tono enérgico, es preciso que usted se marche. Yo partiré con usted, si quiere, pero se queda cerca del peligro.

—¡El peligro!..., ¿me crees, pues, capaz de querer obrar mal?

—No, por cierto, usted no quiere, pero puede hacerlo sin querer.

—Eso es demasiado, dije exasperada apartando de mí la labor; tú, que tan bien me conoces, ¿osas decirme que soy capaz de sacrificar mi dignidad personal ó, hablando en plata, tomar un amante porque no quiero perder un amigo?... ¿Qué mal ves en esta idea tan natural? Sería ridículo que me mostrase rígida ante un error de que ya está amargamente arrepentido.

La Fina dejó pasar el chubasco sin decir una palabra; pero su cara de vieja seria expresaba la firme resolución de no ceder.

—Señora, no en vano tengo sesenta y siete años, y cuanto más se defiende usted, más veo que tengo razón. Usted no tiene más que buenos pensamientos, no digo que no; pero no hay que fiarse del corazón, y mucho menos de los bergantes que vienen á hablarle de amistad después de haberle hecho declaraciones de amor.

—Le creo muy sincero, Fina, dije afligida.

—Es posible..., y eso es una razón de más para que usted no se fíe, porque, si la ama de veras, volverá á las andadas, y le dirá cosas que usted no debe escuchar.

—¿Te figuras que no lo sé? ¿No soy una mujer honrada?, dije con emoción.

—Sí, tesoro mío, la conozco bien, repuso Fina con voz llena de ternura. Pero siempre he oído decir que no hay que tentar al cielo.

—¡No verle ni siquiera como amigo!, murmuré.

—¡Ah!, hija mía, piénselo bien, y verá que ya no es como amigo como se complace en verle.

La frase me hirió en pleno corazón y en plena conciencia.

—¡Qué desgraciada soy!, exclamé sollozando y dejando caer mi cabeza sobre mis brazos en un arranque de desesperación.

La pobre Fina, temblando ante mi dolor, procuraba calmarme con las expresiones de ternura que empleaba antiguamente en mi viejo pastel para calmar mis penas de niña.

—Te aseguro que yo no tengo culpa, dije levantando mi rostro acalorado. ¡Ha sido tan bueno para mí!

—¡Pobre hija mía! ¡Pobre tesoro mío, no, usted no tiene la culpa! ¡Eso debía suceder! Hace mucho tiempo que lo veo y que tengo la cabeza loca de pensarle. Pero, para concluir, no debe usted volverle á ver.

—¡Pero tú sabes muy bien que yo no le diré nunca nada, es imposible!

—¡Imposible!.. Pues yo le aseguro que se lo diré usted sin querer y hasta sin sospecharlo.

—¿Por quién me tomas, Fina?

—¿Por quién la he de tomar? ¡Por una mujer!

Me sentía tan desolada que no tenía ya valor para articular ni una palabra.

—¿Quiere usted que nos vayamos?, me dijo Fina, que hubiera querido verme tomar una decisión terminante. El cambiar de sitio y el distraerse le haría un gran bien.

—Veremos..., lo pensaré, contesté tristemente.

Pasé el día y la noche siguiente reflexionando sobre las palabras de Fina y sobre la confesión que se me había escapado.

—Mi razón estaba convencida, mi corazón luchaba contra ella, pero la turbación de mi conciencia me afirmaba en el único camino á seguir.

Al día siguiente, al acercarme á la ventana, vi que el invierno había reemplazado decididamente al otoño.

Había nevado ligeramente; el paisaje era encantador; pero, habiendo subido la temperatura, salí sola después de almorzar, á fin de meditar más libremente.

«El que ama el peligro, perecerá.»

Estas palabras, que yo había leído aquella mañana misma, acosaban mi espíritu, entonces bajo la bienhechora influencia de las ideas fuertes que lo sostenían desde hacía algunos meses.

¡La viejecita tenía cien veces razón!, yo no era más que una mujer, y tan débil, tan humana, que todo mi ser vibraba al sonido, hasta lejano, de una palabra impresionable ó trastornadora. Había, pues, que obrar como un carácter recto y valiente que comprende que se ha dado ya el primer paso hacia el mal si acepta un cobarde compromiso y si tiene en sí mismo una orgullosa confianza.

Un rápido paseo me hizo gran bien. La agitación física respondía á no sé qué buena excitación interior. Mis energías en movimiento rechazaban los sofismas, y todos los orgullosos de mi carácter dispersaban.

En torno mío, la campiña era triste, pero tan apacible que el azulado humo de las chimeneas de una aldea vecina se elevaba en línea recta sin que un soplo de aire viniese á turbarlo en su ascensión.

—No pasa en mí lo mismo, pensé al emprender el camino de regreso á casa. Mis resoluciones y mis ideas vacilan sin que las brisas intervengan. Pero quiero ser dueña de mí misma y dominar mis resistencias. ¡No hay que perecer!

Al entrar en el vestíbulo, un criado me dijo que el Sr. Marién me esperaba.

Subí á mi cuarto; quitéme el abrigo y el sombrero, y permanecí unos cuantos minutos con mi hija, esperando que pasaría la turbación que experimentaba.

—Mi resolución de obrar estaba bien tomada, pero la actitud del Sr. Marién me desconcertó.

Saludóme como si ningún acontecimiento hubiese alterado la cordialidad de nuestras relaciones; su tranquilidad era perfectamente natural, y de pronto me alegré infinito pensando que aun era posible que nada hubiese cambiado entre nosotros. Con la alegría de un condenado que ve aplazada la ejecución de su sentencia, me abandoné al encanto de su conversación amistosa. Mientras departíamos, vinieron á decirme que una mujer, que tenía un hijo enfermo, deseaba hablarle.

Durante su ausencia, que no se prolongó mucho tiempo, pasé por fluctuaciones diversas.

La alegría de volverlo á ver, de encontrarlo como le había conocido siempre, había debilitado mi miserable valor. Y sentí la urgente necesidad de romper deliberadamente; pero la idea de un rompimiento definitivo é inmediato con la sola alegría que me quedaba removió toda la amargura de mi vida.

—¡Mi juventud..., mi bella juventud!, me decía con aguda pena mirando la campiña tan triste como yo.

Yo había pronunciado estas palabras en voz baja, y, completamente absorta en mis pensamientos, no había notado que el Sr. Marién estaba, desde hacía un momento, cerca de mí.

—¿Qué cuenta usted á su juventud?, me dijo.

Me volví bruscamente y, en seguida, leí en su expresión que sus promesas serían como el humo que se pierde en el espacio.

—¡Ah, me dijo en tono bajo y caluroso, daría mi vida por el derecho de consolar ese pobre corazón que tanto ha sufrido!

En frente del peligro, volví á encontrar de pronto una calma sorprendente.

—Se consolará con el tiempo y la ayuda de Dios, dije con serenidad; pero usted no debe...

—¡Su bella juventud!, repuso sin escucharme. ¿Por qué había de haberla perdido?

—Una palabra sorprendida en un momento de desaliento no significa nada, contesté turbada.

—Y yo sé bien que resume su dolor... Había venido con la intención de probarle la sinceridad de mi promesa, pero, al verla, ¿puedo dejar de decirle?..

—Lo que no debe repetir jamás, interrumpí con firmeza. Era una locura volver; váyase, lo exijo absolutamente.

—Déjeme hablar, me dijo con aquella voz simpática y afectuosa que, por desgracia, me impresionaba siempre. ¿A qué atormentarse usted misma? ¡Su juventud!, pero si puede vivir, si puede conocer los goces que se le han escapado! A veces se me ha ocurrido la idea de que si yo la hubiese conocido antes, quizá hubiera usted consentido en confiarme su vida. ¿Es verdad?

—Quizá..., contesté francamente, pero no lo sé.

—¡Podría, pues, amarme á mí que la amo con todas las potencias de mi ser! Aguarde..., no se enfade. Comprendería que se considerase ofendida, si mi amor fuese un capricho; pero usted me conoce bastante para saber que es tan profundo como sería el de usted si amase.

—Soy casada, contesté, y la declaración de su amor, sincero ó no, no se hace á una mujer como yo... Váyase, se lo ruego.

—¿Dónde están, pues, los lazos que la detienen?, exclamó. ¿No fueron rotos por otro? Está usted desligada de todo compromiso, su contrato está roto.

—¿Está roto mi contrato con mi honor, con el respeto que me debo á mí misma?, dije indignada. ¿Porque ha caído el uno, es preciso que el otro se degrade? ¿Y no es extraño que usted, que pretendía «adorar la pureza de mi corazón», piense rebajarme al nivel de una miserable? En verdad, se me figura que mi degradación ha empezado ya, puesto que me veo reducida á discutir con usted semejante cuestión.

(Se continuará.)

ACTUALIDADES BARCELONESAS

EL RESTAURÁN DE MATERNIDAD.—S. A. R. EL PRÍNCIPE ALBERTO DE MÓNACO



Vista parcial del comedor del Restaurán de Maternidad

Primera comida servida á las madres nodrizas en el Restaurán de Maternidad
(De fotografías de nuestro reportero A. Merletti)

Hace poco más de un año que se constituyó en esta ciudad la Junta Provincial de Protección á la Infancia y ya puede ostentar en su haber dos instituciones tan beneficiosas como el Asilo para los niños abandonados y vagabundos, aquí conocidos con el nombre de *trinxeraires*, y el Restaurán de Maternidad.

En el primero son acogidos y educados los infelices muchachos que antes vagaban por las calles sin oficio ni hogar, siguiendo el camino del vicio, que fatalmente había de conducirlos al del crimen. Hoy, gracias á los desvelos de la Junta, cuatrocientos de

higiene y puericultura y consejos á las madres; en él hay instaladas nueve mesas de mármol y hierro. La cocina, la despensa, la secretaría, las demás dependencias, todo está montado con gran limpieza y dotado de los elementos necesarios para una escrupulosa higiene y para atender perfectamente todas las exigencias de los servicios. El Restaurán podrá servir hasta 100 comidas diarias.

Provincial, se adhirió, en nombre de ésta, á la benéfica institución y tributó grandes elogios á la Junta y muy particularmente á su secretario Sr. Albó y al padre Pedragosa, que son el alma de la obra que aquélla viene realizando.

En el momento en que escribimos estas notas, se da por seguro que S. A. R. el príncipe Alberto de Mónaco visitará en breve nuestra ciudad, en la que, invitado por el presidente de la Real Academia de Ciencias y Artes, reproducirá la conferencia sobre oceanografía habrá dado en Madrid, en donde actualmente se encuentra.

La personalidad del príncipe Alberto es harto conocida en todo el mundo científico para que hayamos de decir nada de ella, limitándonos á celebrar que tan ilustre sabio se digne honrar nuestra ciudad con su visita.



Las autoridades, los individuos de la Junta Provincial de Protección á la Infancia y los invitados en el acto inaugural del Restaurán de Maternidad. (De fotografía de A. Merletti.)

esos infelices encuentran amoroso amparo y se regeneran por medio de la instrucción y del trabajo, que los convierten en hombres honrados y útiles á la patria y á la sociedad.

En el segundo, creado con el objeto de disminuir la crecida mortalidad infantil, se proporciona gratuitamente sana y abundante comida á las mujeres pobres que van á ser madres y á las que son madres nodrizas y que, por consiguiente, necesitan una sobrealimentación durante estos críticos períodos de su vida, no sólo para ellas, sino también para los hijos que han de venir al mundo y para los que son por ellas amamantados.

El Restaurán de Maternidad, primero establecido en Barcelona, está instalado en la calle del Peu de la Creu, ó sea en el centro de una de las barriadas más populosas de Barcelona, en donde, por lo tanto, puede ser más provechoso su funcionamiento. El comedor es una amplia habitación cuadrangular, con luz cenital; á lo largo de las paredes hay unos arriaderos de azulejos de Valencia hasta la altura de dos metros, y en el espacio restante, pintado de colores claros, se ven unos tarjetones con máximas de

Al acto inaugural asistieron las autoridades, los miembros de la Junta, varios diputados y senadores, distinguidas damas y otras conocidas personalidades.

Después que los invitados hubieron recorrido las dependencias de la casa, sirvióse la primera comida á unas cuarenta mujeres, las cuales iban casi todas con sus hijos de pocos meses.

Terminada la comida, el gobernador civil señor Portela, después de dar las gracias á los concurrentes al acto, explicó la trascendental obra realizada por la Junta y ensalzó la institución que acababa de inaugurarse, augurando que la semilla sembrada dará opimos frutos que serán noble recompensa de la sociedad que ampara al desvalido.

El alcalde Sr. Sostres adhirióse en nombre de la ciudad al acto que se efectuaba é hizo votos por la prosperidad de esa obra y porque actos semejantes se repitan con frecuencia.

El obispo doctor Laguarda expresó la satisfacción inmensa que en aquellos momentos sentía, calificó la obra de la Junta de ejemplar y felicitó á Barcelona por haberla llevado á cabo.

El Sr. Bartrina, representante de la Diputación

S. A. R. el príncipe Alberto de Mónaco
(De fotografía de Chusseau-Flaviens.)



El ilustre dramaturgo D. Manuel Linares Rivas autor de *Doña Desdenes*

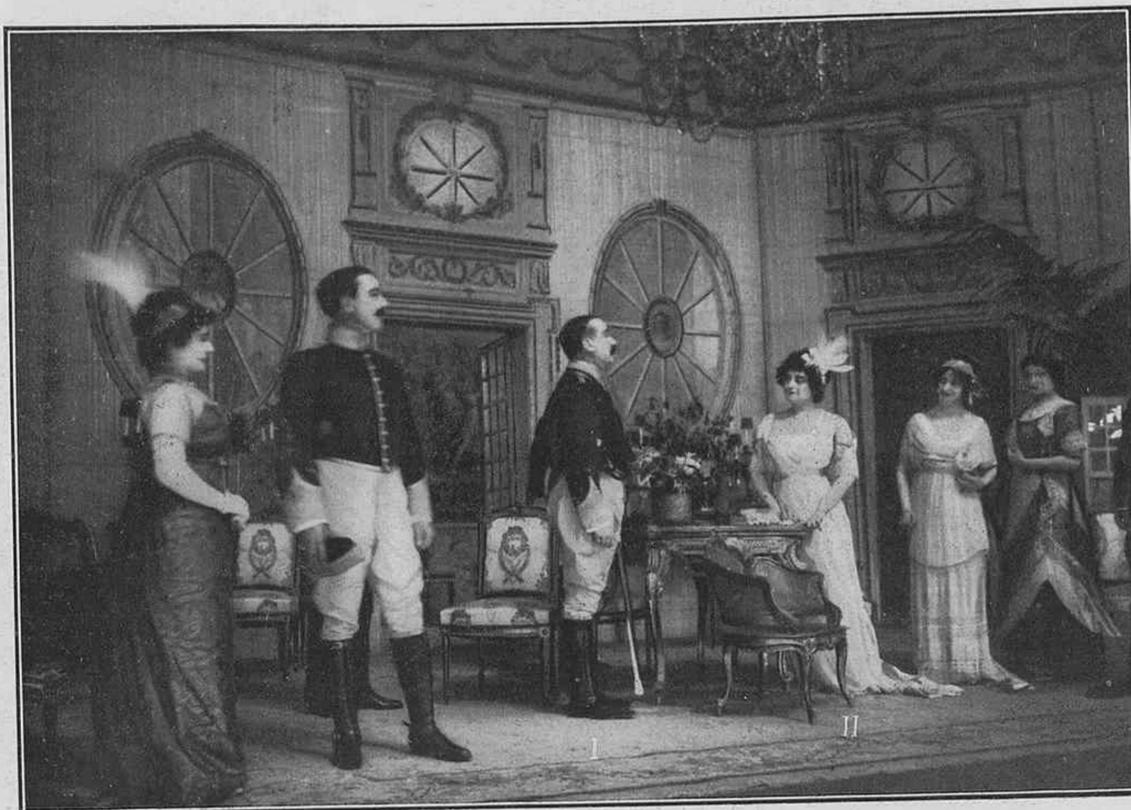
Con éxito franco se ha estrenado recientemente en el aristocrático coliseo madrileño de la Princesa *Doña Desdenes*, comedia en tres actos de Manuel Linares Rivas.

El asunto de esta obra está tomado, según lealmente lo declara el propio autor, de una opereta húngara, *Maniobras de otoño*, que el propio Sr. Linares Rivas, con la colaboración del Sr. Reparaz, adaptó a la escena española con el título de *Guerra franca*. Pero de todo el argumento originario el autor de *Doña Desdenes* no ha conservado en ésta más que las líneas capitales, revistiéndolas de formas tan propias, tan castizas, que la comedia puede en rigor considerarse como original y netamente española, no sólo en su parte externa, sino también en todo cuanto significa psicología de los personajes que en ella intervienen.

La comedia tiene un carácter *vaudevillesco*, es entretenida, divierte y hace, en suma, pasar un buen rato al público, que celebra los abundantes chistes, de la mejor ley, y las situaciones cómicas, hábilmente preparadas, sin que éstas ni aquéllas se aparten nunca de la distinción y finura que son la característica del aplaudido dramaturgo.

En la ejecución rayan a gran altura las señoras Guerrero y Ruiz y los Sres. Díaz de Mendoza, Thuillier y Díaz, á que-

DOÑA DESDENES, COMEDIA EN TRES ACTOS RECIENTEMENTE ESTRENADA CON GRAN ÉXITO EN EL TEATRO DE LA PRINCESA, DE MADRID. (Fotografías de Asenjo y Salazar.)



Una escena de «Doña Desdenes.» 1. Sr. Díaz de Mendoza; 2. Sra. Guerrero

nes secundan con gran acierto la señora Giménez y las señoritas Gelabert y Riquelme.

La presentación escénica es admirable, lo que nada tiene de particular tratándose de la compañía Guerrero Mendoza: las dos decoraciones son bellísimas, por su entonación y perspectiva la del paisaje del primer acto y por su lujo y riqueza la del salón Luis XVI de los dos últimos.

María Guerrero luce magníficos trajes y valiosísimas joyas, y las demás artistas ostentan asimismo elegantísimas *toilettes*. En cuanto á los actores, los uniformes de húsares que visten son irreprochables.

Así en el estreno como en las representaciones sucesivas, el Sr. Linares Rivas y los intérpretes de *Doña Desdenes* han sido calurosamente aplaudidos.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

MONOGRAFÍA DE LA INDUSTRIA MINERA EN BOLIVIA, por *Pedro Aniceto Blanco*. — Por encargo especial del gobierno de su país ha escrito el distinguido ingeniero de minas boliviano, Sr. Blanco, este importante libro cuyo mejor elogio queda hecho diciendo que responde perfectamente al objeto, utilitario y á la vez patriótico, que motivó su publicación, es

decir, al propósito de dar á conocer las extraordinarias riquezas mineras que atesora Bolivia, para que ellas sirvan de provecho á los nacionales y ofrezcan remuneradora colocación á los capitales extranjeros y campo de bienestar al trabajador. Un tomo de 412 páginas con un mapa de la zona mineralógica de Bolivia impreso en La Paz en la tipografía de J. Miguel Gansarra.

L'ANELL DEL NIBELUNG DE WÁGNER Y LES CONDICIONS DE L'HUMANITAT IDEAL por *David Irvine*. Traducción ca-

talana del inglés de *Manuel de Montoliu*. — La «Asociació Wagneriana» de Barcelona, prosiguiendo en su laudable tarea de vulgarizar las más importantes obras que sobre el maestro de Bayreuth se han escrito, ha publicado el notable libro de Irvine en el que se estudian profundamente y dentro de un alto espíritu filosófico la personalidad de Wágnner y su incomparable tetralogía, analizando la vida y el concepto que del mundo tenía el inmortal compositor, y la teoría, el drama y la música de *El Anillo del Nibelungo*. La traducción catalana es irreprochable. Un tomo de 216 páginas; precio tres pesetas.

ZEISS
GEMELOS
PARA VIAJE,
DEPORTE Y CAZA
PÍDASE EL PROSPECTO (T. 224)
De venta en todos los Establecimientos
de Optica, y por
CARL ZEISS, Jena, ALEMANIA
Berlín - Francoforte s/M. - Hamburgo
Londres - París - San Petersburgo - Viena.

LA REVOLUCIÓN RELIGIOSA
SAVONAROLA - LUTERO - CALVINO - SAN IGNACIO DE LOYOLA
POR D. EMILIO CASTELAR

Esta obra, ilustrada con láminas en colores y grabados en acero, consta de cuatro abultados tomos en cuarto mayor, encuadrados con hermosas tapas alegóricas, y se vende al precio de **120 pesetas**, pagadas en doce plazos mensuales, en la casa editorial de Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona.

EL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIJOTE DE LA MANCHA
COMPUESTO POR MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

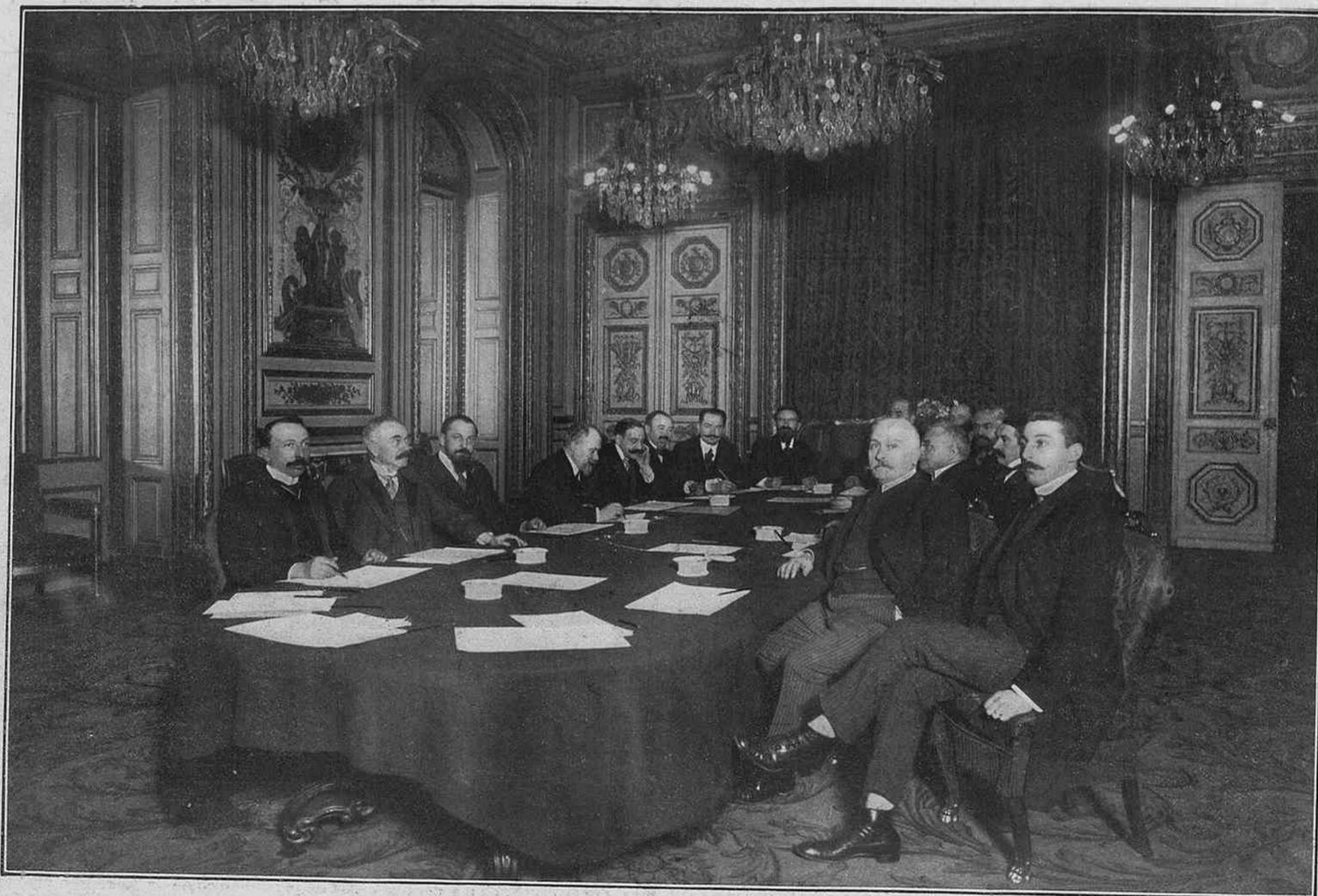
Suntuosa edición dirigida por D. Nicolás Díaz de Benjumea é ilustrada con una notable colección de oteografías y grabados intercalados en el texto por D. Ricardo Balaca y D. J. Luis Pellicer

Dos magníficos tomos folio mayor ricamente encuadrados con tapas alegóricas tiradas sobre pergamino y canto dorado. — Su precio 200 pesetas ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales. — Hay un número reducido de ejemplares impresos sobre papel apergaminado y divididos en cuatro tomos al precio de 400 pesetas ejemplar

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES, BARCELONA

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE DUSSER**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

EL NUEVO MINISTERIO FRANCÉS PRESIDIDO POR EL SR. POINCARÉ



Primer consejo celebrado por el nuevo ministerio

De izquierda á derecha: Berard, Guist'hau, Steeg, Poincaré, Klotz, Dupuy, Lebrun, Chaumet, Bourgeois, David, Millerand, Briand, Delecaisé, Pams y Besnard. El Secretario de Estado Sr. Morel no pudo asistir á este primer consejo. (De fotografía de Harlingue.)

A consecuencia de un incidente surgido en el seno de la comisión senatorial francesa encargada de examinar el acuerdo franco alemán, aprobado ya por la Cámara de Diputados, presentó la dimisión el ministro de Negocios Extranjeros Sr. de Selves. Creyó el presidente del Consejo Sr. Caillaux que fácilmente podría substituir al ministro dimisionario, pero sobrevinieron dificultades y el gobierno en pleno hubo de dimitir.

El presidente de la República, después de las conferencias acostumbradas en tales casos, confió la formación del ministerio al Sr. Poincaré quien ha logrado constituir un gabinete que, como pocos en la historia de los países constitucionales, merece el nombre de gabinete de altura y en el cual no se han despreciado de aceptar una cartera hombres tan eminentes como Briand, que ha sido presidente del Consejo, y Bourgeois que se ha negado varias veces á serlo. He aquí algunos ligeros datos biográficos de los miembros del nuevo ministerio.

RAIMUNDO POINCARÉ. *Presidencia y cartera de Negocios Extranjeros.* - Nació en Bar-le-Duc en 1860, es doctor en Derecho y licenciado en Letras; es una eminencia del foro francés, miembro de la Academia Francesa, del Consejo Superior de Bellas Artes, del Consejo de los Museos Nacionales y de muchas sociedades literarias. Desde hace mucho tiempo desempeña un papel importante en la política de Francia, habiendo sido por vez primera ministro en 1893. Ha desempeñado dos veces la cartera de Instrucción Pública y dos la de Hacienda.

ARÍSTIDES BRIAND. *Cartera de Justicia.* - Nació en Nantes en 1862, afilióse desde muy joven al partido socialista, dirigió *La Lanterne*, fué elegido diputado en 1902, desempeñó la cartera de Instrucción Pública y de Cultos en 1905 y la de Justicia en 1908, en el ministerio Clemenceau, á quien sucedió en 1909 en la presidencia del Consejo, que conservó hasta febrero de 1911.

LEÓN BOURGEOIS. *Cartera del Trabajo.* - Nació en 1851, fué prefecto del Tarn en 1882 y desempeñó altos destinos de la Administración hasta 1888, en que fué elegido diputado y nombrado subsecretario de Estado en el Interior. Ha sido seis veces ministro, presidente de la Cámara de Diputados en la legislatura de 1902 á 1903 y primer plenipotenciario de Francia en la Conferencia de La Haya. Es uno de los personajes más importantes de la política francesa, ha declinado varias veces la presidencia del Consejo y aun la de la República que le fué ofrecida al cumplirse el septenario del Sr. Loubet.

JULIO J. STEEG. *Cartera del Interior.* - Nació en 1868 en Libourne, es diputado por París y en el último ministerio Caillaux desempeñó la cartera de Instrucción Pública. Es abogado, periodista y profesor agregado de la Universidad.

ALEJANDRO MILLERAND. *Cartera de Guerra.* - Nació en 1859, es abogado y diputado por París y goza merecida reputación de orador elocuente y de hombre muy laborioso. Fué ministro de Comercio en el gabinete Waldeck-Rousseau y de Obras Públicas en el gabinete Briand y su nombre ha sonado varias veces para la Presidencia del Consejo.

TEÓFILO DELCASSÉ. *Cartera de Marina.* - Nació en 1851 y es otra de las grandes figuras de la política francesa. Ha sido ministro de Negocios Extranjeros y en el actual gabinete desempeña la misma cartera que desempeñó en el anterior.

L. L. KLOTZ. *Cartera de Hacienda.* - Nació en 1868, es abogado y ha sido presidente de la comisión de aduanas y vicepresidente de las comisiones de presupuestos y del ejército. Esta es la tercera vez que ocupa el ministerio de Hacienda.

GUIST'HAU. *Cartera de Instrucción Pública.* - Nació en 1862, es diputado por el Loira inferior y fué subsecretario de Estado en la Marina en el segundo ministerio Briand.

JUAN DUPUY. *Cartera de Obras Públicas.* - Nació en 1844, es senador, director del *Petit Parisien* y presidente del Sindicato de la Prensa parisiense. Ha sido varias veces ministro, habiendo desempeñado la cartera de Agricultura en el gabinete Waldeck Rousseau.

FERNANDO DAVID. *Cartera de Comercio.* - Nació en 1869 y es diputado por la Alta Saboya.

PAMS. *Cartera de Agricultura.* - Nació en 1852, es senador y pertenece al grupo de la izquierda democrática del Senado. Conserva en este gabinete la misma cartera que desempeñó en el anterior.

LEBRUN. *Cartera de las Colonias.* - Nació en 1871, es diputado por el Mosa, ingeniero de minas y ha sido profesor de la Escuela de estudios superiores comerciales. Desempeñaba la misma cartera en el ministerio anterior.

PABLO MOREL. *Secretaría de Estado en el Interior.* - Nació en 1869 y es diputado por el Alto Saona. Es la primera vez que figura en un ministerio.

LEÓN BERARD. *Secretaría de Estado en las Bellas Artes.* - Nació en 1875, es diputado por los Bajos Pirineos, abogado notabilísimo y orador elocuente.

CHAUMET. *Secretaría de Estado en los Correos y Telégrafos.* - Es diputado por la Gironde y hombre muy activo y laborioso. En el anterior ministerio desempeñaba el mismo cargo.

RENATO BESNARD. *Secretaría de Estado en la Hacienda.* - Nació en 1880, es abogado y diputado por el Indre y Loira y conserva en este ministerio el mismo puesto que en el anterior.

La declaración leída por el nuevo ministerio en las Cámaras ha sido muy bien acogida no sólo en el Parlamento, sino también en todo el país.

PÍDASE

PROSPECTO J. A.

ZEITZ

GEMELOS PRISMÁTICOS

PARA

EJÉRCITO Y MARINA,
VIAJE Y SPORT,
TEATRO Y CAZA.

SE VENDEN DIRECTAMENTE POR

E. Leitz TALLERES DE ÓPTICA
Wetzlar (Alemania)



DICCIONARIO de las lenguas española y francesa comparadas

Redactado con presencia de los de las Academias Española y Francesa, *Bescherelle, Littré, Salvá* y los últimamente publicados, por D. NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA. - Contiene la significación de todas las palabras de ambas lenguas; voces antiguas; neologismos; etimologías; términos de ciencias, artes y oficios; frases, proverbios, refranes é idiotismos, así como el uso familiar de las voces y la pronunciación figurada. - Cuatro tomos: 55 pesetas.

Montaner y Simón, editores. Aragón, 255, BARCELONA

FÁBULAS DE LA-FONTAINE

Nueva traducción debida á D. Teodoro Llorente, ilustrada con notables dibujos intercalados en el texto y láminas tiradas aparte, originales de **Gustavo Doré**. - Esta notable edición en un tomo casi folio, ricamente encuadernado con tapas alegóricas, se vende al precio de 35 pesetas en la casa editorial de Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona.